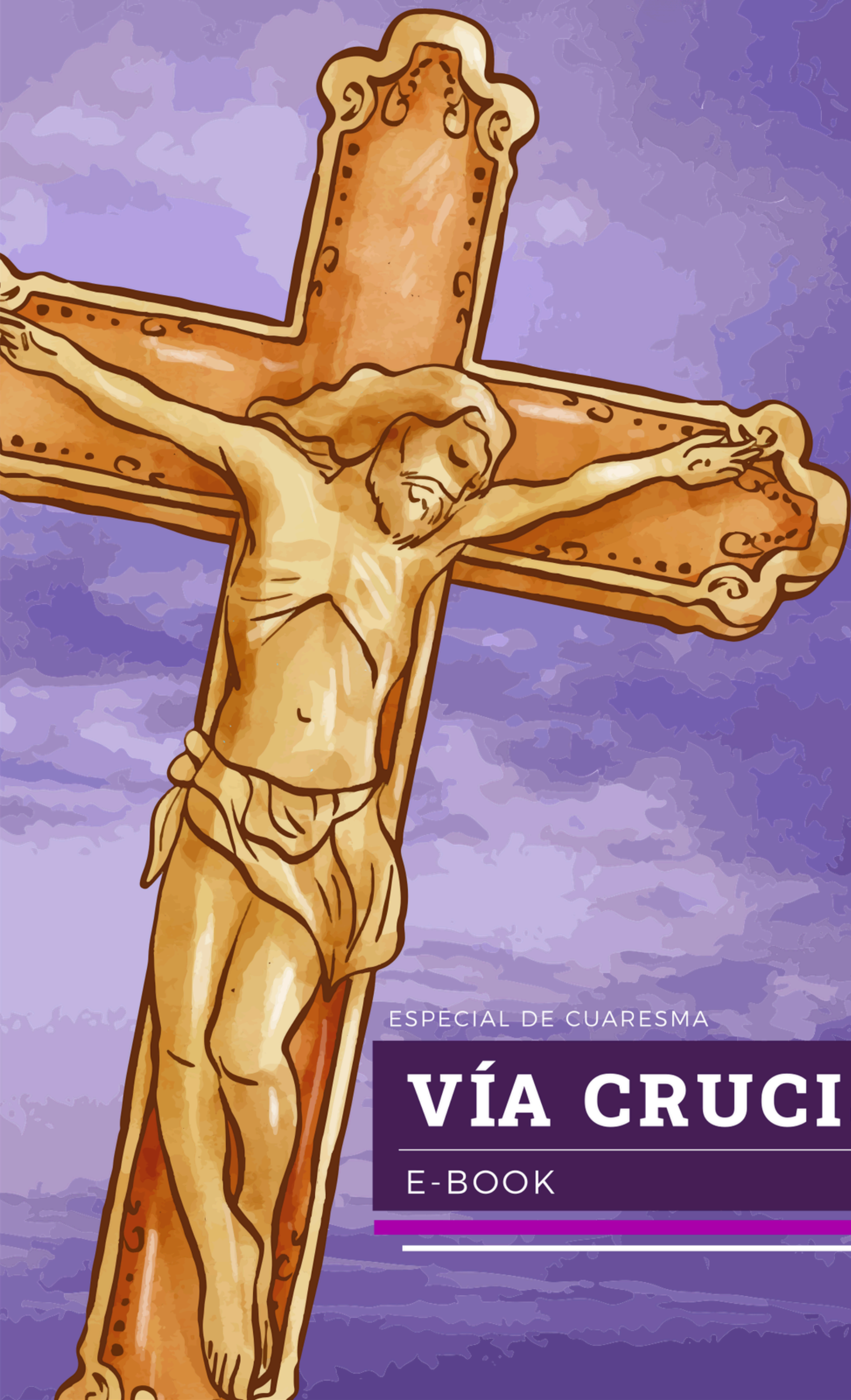


Meditaciones



ESPECIAL DE CUARESMA

VÍA CRUCIS

E-BOOK

Índice

I ESTACIÓN: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE	6
II ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ	9
III ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ	12
IV ESTACIÓN: JESÚS ENCUENTRA A SU SANTÍSIMA MADRE, MARÍA	15
V ESTACIÓN: JESÚS ES AYUDADO POR SIMÓN DE CIRENE A LLEVAR LA CRUZ	18
VI ESTACIÓN: VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS	22
VII ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ	25
VIII ESTACIÓN: JESÚS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALÉN	28
IX ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ	31
X ESTACIÓN: JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS	34
XI ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ	37
XII ESTACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ	40
XIII ESTACIÓN: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE	44
XIV ESTACIÓN: JESÚS ES SEPULTADO	47

Introducción

Esta recopilación de consideraciones espirituales nace de la iniciativa **Hablar con Jesús** (<https://www.hablarconjesus.com/>). A través de las escenas del Evangelio y la vida de los santos, te ofrecemos breves meditaciones para acompañar tu oración diaria y ayudarte a profundizar en tu encuentro personal con Dios esta Cuaresma.

Para muchos cristianos, rezar el Via Crucis durante la Cuaresma es una costumbre llena de sentido, pues la Pasión y Muerte de Nuestro Señor iluminan este tiempo que nos prepara para la Pascua. Con este material queremos acompañarte mediante una meditación para cada una de las catorce estaciones. Estas reflexiones fueron predicadas, antes del Triduo Pascual, por los sacerdotes de Hablar con Jesús, basadas en el Via Crucis de San Josemaría y acompañadas por las imágenes compartidas por el artista Alberto Guerrero, ubicadas en la Parroquia de Santa María Soledad Torres Acosta y San Pedro Poveda en Madrid.

Estas meditaciones de Hablar con Jesús nacieron como notas de voz y podcasts; ahora, hemos decidido transcribirlas para que también puedas profundizarlas en la lectura. Creemos que, presentadas de esta manera y agrupándolas por temas, pueden ser de utilidad para la oración personal, ofreciendo la libertad de volver sobre el texto siempre que uno lo necesite.



También puedes encontrar estas y todas nuestras meditaciones, en formato de audio o texto, directamente en nuestra página web: <https://www.hablarconjesus.com/>

Agradecemos a los sacerdotes que las han predicado desde, al menos, 9 rincones distintos de Latinoamérica. También a todas las personas que, tras bambalinas, hacen realidad este proyecto día a día, desde los editores de audio y gestores de nuestras plataformas (WhatsApp, YouTube, Instagram y podcasts) hasta los equipos de transcripción y edición digital; todos trabajamos junto a una coordinación que, como el aceite en un engranaje, permite que este proyecto avance cada día.

EL Viacrucis

Una tradición que nació del amor
y nos enseña a amar

1 ¿DE DÓNDE NACE ESTÁ DEVOCIÓN?



Surge del deseo de los primeros cristianos de "**caminar con Él**". Los peregrinos en Jerusalén recorrían físicamente la Vía Dolorosa, desde el pretorio hasta el Gólgota. Con el tiempo, los franciscanos difundieron esta práctica por todo el mundo para que quienes no podían viajar a Tierra Santa también pudieran meditar la Pasión

2 ¿POR QUÉ LO REZAMOS CADA VIERNES?



El viernes recordamos la entrega de Jesús en la Cruz, haciendo de cada viernes de Cuaresma un "pequeño Viernes Santo". Es un momento para detenernos y reflexionar: **¿buscamos ser consuelo para el Señor o nos quedamos al margen de su entrega?** Así, el Víacrucis se vuelve un camino concreto de conversión y oración en nuestra preparación para la Pascua.

3 ¿QUÉ NOS ENSEÑA HOY?



El Vía Crucis no es un recuerdo del pasado, es un encuentro hoy. En cada estación descubrimos que nuestras debilidades encuentran consuelo en las de Cristo. Nos enseña que el amor verdadero exige entrega, pero que ningún dolor es en vano si se ofrece con Él: **el sufrimiento unido a la Cruz siempre se transforma en vida**



No se trata de repetir fórmulas. Se trata de caminar con Él.

¿Qué es hacer oración?

Para profundizar en este camino, te presentamos primero las reflexiones de los santos, los grandes amigos de Jesús y maestros en el trato con Dios



“La oración es hablar con Dios” (San Juan Crisóstomo)

“La oración es una conversación y entretenimiento del alma con Dios” (San Gregorio de Nisa)



“No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (Santa Teresa de Jesús)

“La oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría” (Santa Teresa del Niño Jesús)



Habiendo escuchado a los santos, te digo: “déjanos ayudarte a hacer oración”

Estas meditaciones tienen como finalidad suscitar una conversación entre tú y Dios, entre tú y Jesús. Te recomiendo leer despacio, con calma; busca un rincón tranquilo y evita las distracciones. Ponte en presencia de Dios (para lo que te puede servir la oración inicial) y luego permanece atento a los pensamientos y las impresiones, afectos e inspiraciones que el texto sugiere en tu mente, en tu alma, en tu corazón. Jesús se sirve de eso para mejorar tu vida y meterte por caminos de amistad con Él.

En el trato con Dios no hay reglas fijas: a veces leerás mucho y otras, poco. Avanza a tu manera: escribe tu propio diálogo, anota lo que te remueva por dentro, guarda silencio o simplemente contempla a Jesús en el Evangelio y en tu alma. En fin, como decía aquel letrero que tanto gustó a San Josemaría en 1939: “Cada caminante, siga su camino”

Al finalizar no dejes de darle gracias a Jesús por darte esta oportunidad maravillosa de hablar con Él (para lo que te puede servir la oración final).



Un último consejo: procura tener un tiempo fijo para tu oración. Nosotros lo hemos llamado **“Hablar con Jesús”**, pero tú decides cuánto dura “tu cita” con Él.

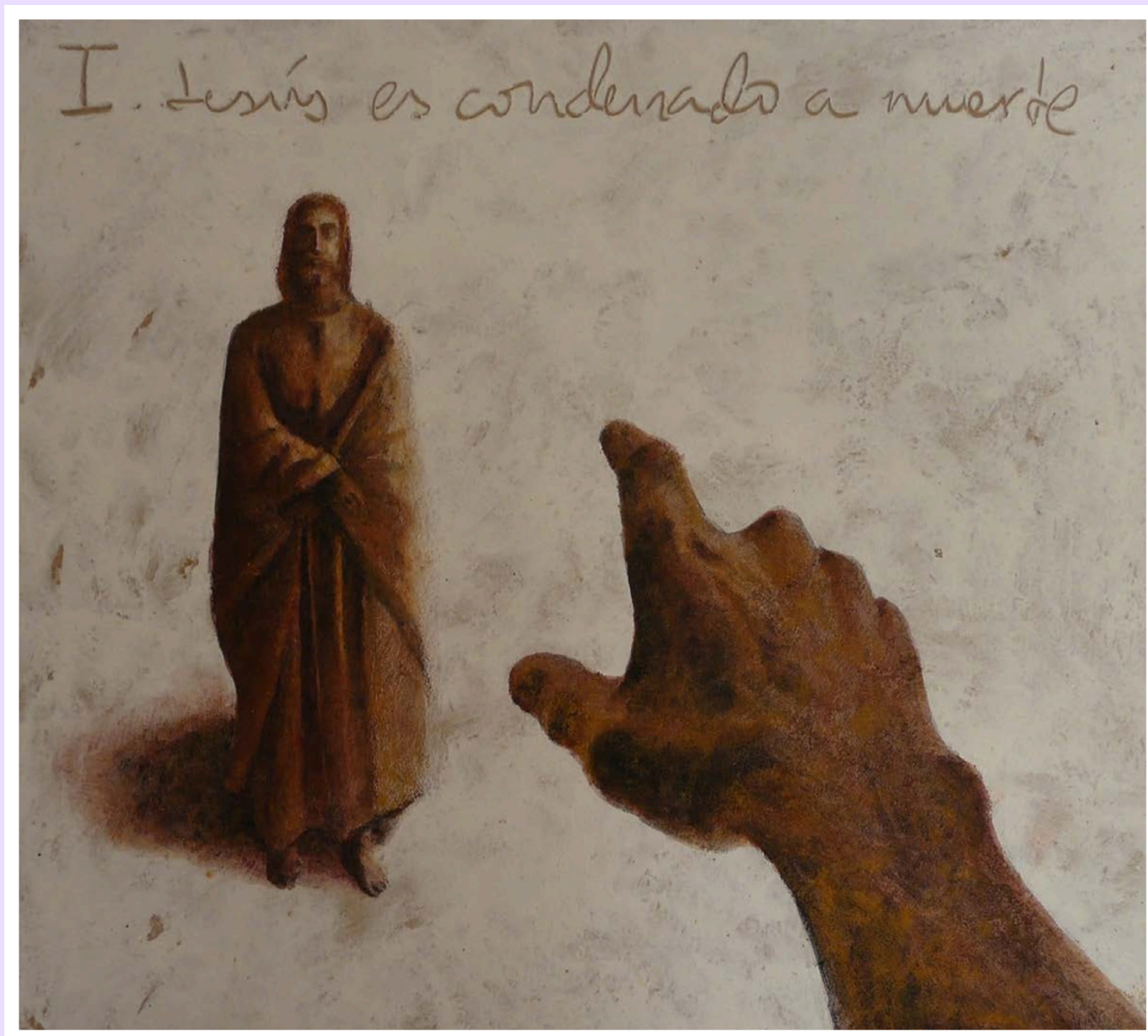
Oración inicial

Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí, que me ves, que me oyes. Te adoro con profunda reverencia. Te pido perdón de mis pecados y gracia para hacer con fruto este rato de oración. Madre mía Inmaculada, San José, mi padre y señor, Ángel de mi guarda: interceded por mí.

Oración final

Te doy gracias, Dios mío, por los buenos propósitos, afectos e inspiraciones que me has comunicado en esta meditación. Te pido ayuda para ponerlos por obra. Madre mía Inmaculada, San José, mi padre y señor, Ángel de mi guarda: interceded por mí.





JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

I ESTACIÓN



P. JUAN CARLOS – ECUADOR

Predicado el jueves de la 4ª semana de Cuaresma

Jesús es condenado a muerte. Es interesante reflexionar que la pasión del Señor ha empezado antes, la pasión del Señor ha empezado con la oración en el huerto.

Terminaron primero la noche de la última cena, y hasta ahí, todas las cosas estaban bien. Los discípulos están contentos, el Señor ha abierto su corazón y en esta última cena, ha instituido la Eucaristía, ha instituido el Sacerdocio.

Nos ha dado ese testimonio de amor infinito, lavando los pies a sus discípulos y acercándose a muchas nuevas verdades sobre el Padre Celestial. Pero ahora, se dirigen al Huerto de los Olivos, han estado ahí.

El Señor lleva a tres de los suyos, que también estuvieron presentes en la transfiguración y que serán ahora, testigos más directos de ese sufrimiento impresionante de Cristo, quien suda sangre.

Ellos están nerviosos, tristes. El Señor les pide que le acompañen en la oración, pero no pueden, se quedan dormidos... Inmediatamente después, llega Judas; el beso con el que le entrega a Cristo; la espada de Pedro, que se ve en la oscuridad y que arranca la oreja de Malco; Jesús que hace otro milagro, restituyendo esa oreja; el prendimiento... se llevan a Cristo.

Se llevan a Cristo a la casa de Caifás, y ahí empieza esa primera pantomima de juicio, que van buscando todas las formas de hacerle caer. Se presentan distintas personas con acusaciones, pero no se ponen de acuerdo entre ellos:

“Este dijo que iba a destruir el templo -es una acusación gravísima - y el Sumo Sacerdote le pregunta: —¿Es cierto lo que dicen? Pero Jesús no responde. Entonces el Sumo Sacerdote le dice: —Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios (...)” (Mt 26, 61-63).

Cristo no estaba obligado a responder al Sumo Pontífice, pero había llegado el momento de dar cumplimiento a la misión para la cual él había sido encarnado y de dar solemne testimonio de la verdad.

Por eso, sin titubear, conociendo perfectamente las consecuencias de sus palabras, respondió: “Tú lo has dicho; y además les digo que en adelante verán al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.

Entonces, el Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo: —¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya lo ven, acaban de oír la blasfemia. ¿Qué les parece? Y ellos respondieron: —Es reo de muerte” (Mt 26, 64-66).

“Jesús que no tengamos miedo a decir la verdad, aunque la verdad nos acarree la muerte” (Camino 34, san Josemaría).

Es una enseñanza que podemos sacar de estas escenas del Evangelio, porque cuando está en juego la defensa de la verdad ¿cómo se puede desear no desagradar a Dios y al mismo tiempo no chocar con el ambiente?

Son cosas antagónicas; o lo uno o lo otro. Es preciso que el sacrificio sea holocausto, hay que aprender a quemarlo todo.

La sentencia ha sido pronunciada, sólo falta revestirla con los paños de la legalidad, y por eso, se convoca al Sanedrín a primera hora de la mañana y se hacen los planes para enseguida llevarle al Procurador Romano. Porque como sabemos, los judíos no podían dictaminar penas de muerte, sólo lo podían hacer los romanos que eran los dominadores.

Empiezan a golpear a Cristo, empiezan a decirle ¿quién te ha golpeado?, a lanzarle salivazos, a llenarle de heridas y de ofensas, no dejan de ofender a nuestro Jesús.

Paralelamente, Pedro ha negado a Cristo tres veces, y los demás apóstoles han huido. Nadie queda con Cristo. Es una desbandada. Es como si todo lo que estuvo construyendo durante su vida, de repente ha desaparecido.

Mira, estamos acompañando a Cristo en su pasión, y como dicen varios santos, “queremos sufrir lo que Tú sufriste, ofrecerte nuestro pobre corazón contrito porque eres inocente y vas a morir por nosotros que somos los únicos culpables”.

Y por eso, intentamos en este rato de oración, acompañar ese sufrimiento de Cristo, estar cerca de Él.

Cómo le despreciaron los hombres. Cómo después de el Sanedrín va hacia Pilatos, y Pilatos intenta salvarle, pero el pueblo escoge a Barrabás, un asesino acusado de robo... en lugar de Cristo.

Y entonces, Pilatos envió a Cristo a Heródes, porque quería zafarse de esa cosa tan difícil de resolver. No quería matar a Cristo, pero Heródes le devuelve a Cristo porque no ha querido decir una sola palabra delante de él.

Pilatos intenta un recurso absurdo que es intentar provocar la piedad de los judíos, y lo que hace es mandar a flagelar a Jesús. ¡Cuántos santos han derramado lágrimas, pensando solo esto! Tú y yo, a veces somos un poco más indiferentes...

“Por eso, Jesús, en este rato de oración, queremos pedirte que nos ayudes a profundizar en tus sufrimientos. Señor, queremos acompañarte cuando cayeron esas correas que golpeaban tu carne rota.

Darnos cuenta de que todo eso lo has sufrido por nosotros y pedirte perdón de corazón Señor. Decirte que ya no queremos ser cobardes, que queremos defender la verdad, que queremos estar cerca de Ti, Señor”.

“Faltan todavía tantas estaciones para llegar a la cruz. Hoy hemos empezado con la primera, pero te pedimos que nos ayudes en este intento de seguirte de cerca; que nos ayudes a estar más pendientes de Ti y de esta forma prepararnos mejor para para tu resurrección”, —que eso es en donde termina esto, no termina en la muerte, termina en la resurrección—.

Vamos a terminar este rato de oración, acudiendo a nuestra Madre, la Virgen, que habrá seguido de cerca mientras estaba con Anás y Caifás; cuando es llevado al pretorio; cuando le empiezan a flagelar y le presentan “Ecce hommo”. Habrá estado ahí la Virgen, con el corazón destrozado.

Le pedimos a la Virgen, que nos ayude a no tener miedo de estas escenas, a acompañar nosotros también, cómo ella, a Jesús, para que nos ayude a ver la gravedad del pecado y nos ayude a amar cada vez más a nuestro Redentor.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=3qYvkDxaeBA>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, I estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-1.htm



JESÚS CARGA CON LA CRUZ

II ESTACIÓN



P. SANTIAGO – COLOMBIA.

Predicado el viernes de la 4ª semana de Cuaresma

Adentrémonos en la imagen de la escena de esta segunda estación del Vía Crucis. Recorrer el Vía Crucis con sus catorce estaciones nos lleva a presenciar el camino hacia el Calvario, y poder acompañar a Jesús en el camino de la Cruz...

Allá se ve, ya a lo lejos el Gólgota, el Calvario, el lugar de las calaveras. La comitiva se prepara, y Jesús, ya cubierto de llagas por la flagelación, es blanco de las burlas de cuantos le rodeamos.

¿Qué hiciste Jesús para ganar tan atroz y terrible castigo? Y se lee en el Evangelio: “Él que pasó por el mundo haciendo el bien y sanando a todos de sus dolencias” (Hch 10, 38).

“Jesús, Tú solamente viniste a hacer el bien y fíjate lo que encuentras, una cruz. A Él, al maestro bueno, a Jesús, que vino al encuentro de los que estábamos lejos, lo van a llevar al patíbulo. Lo vamos a llevar, porque tú y yo llevamos a Cristo a la cruz”.

Jesús callaba, se entrega inerme a la ejecución de la condena, humilde, silencioso, sabe que es su misión, sabe que es la voluntad de Dios y cae sobre sus hombros el peso de la cruz.

Jesús carga con la cruz. Y cuando toca por primera vez la cruz se abraza a ella. Se abraza a la cruz, porque esa cruz, será el trono de su realeza, porque la cruz será desde ese momento, la señal del cristiano.

Busca ahora si puedes una cruz, la de tu habitación, la de tu escapulario, la de tu oficina ¡mírala! y dile: ¡Oh dulce cruz que recibiste a Jesús!

Dice Santa Teresa de Jesús: “En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo”. Miremos esa cruz que es el camino para seguir a Cristo.

En Jerusalén en este momento hay un gentío, hay muchos forasteros que vienen para celebrar la Pascua y se comienzan a reunir en las calles. Curiosos, para ver pasar a Jesús Nazareno, preguntan: ¿quién es? Y se escucha: —El rey de los judíos.

San Josemaría dice en el Vía Crucis: *“Hay cortos silencios entre el bullicio de la turba, tal vez cuando Cristo fija los ojos en alguien”*. Los ojos en tí, en mí, que ahora hacemos este rato de oración. Y con tu dulce mirada, Jesús, en medio de tu rostro destrozado por el dolor nos dice: **“Si alguno quiere venir en pos de mí que tome su cruz de cada día y me siga”** (Mt 16, 24).

Por eso, Señor, aquí estamos haciendo oración, con el propósito de seguirte también en la cruz, salen de nuestra alma propósitos.

Dice el texto del Vía Crucis que estamos considerando: “No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar a la Voluntad Divina eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales, es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús, ahí no cuentan las penas, sólo la alegría de saberse corredores con Él”.

La alegría y el encuentro con la Cruz de Cristo siempre es inconfundible si es la cruz de Cristo. Si son nuestras cruces, habrá tristeza, quejas, maldición. Pero si es la cruz de Cristo, tendrá señales inequívocas.

¿Cuáles señales? La serenidad, un sentimiento de paz, un amor dispuesto a cualquier sacrificio, una eficacia grande y la alegría que procede de saber que quien se entrega de verdad, está junto a la cruz de Jesús.

“Junto a tu Cruz, Jesús, no a nuestras cruces (y puede ser el momento de contarle a Jesús en este rato de oración qué cruces tenemos, qué cruces estamos cargando).

Señor, mira esta cruz, esto por lo que estoy pasando, pero no quiero Señor que sea mi cruz, quiero que sea tu cruz. ¡Ayúdame Señor, a considerarla así!”.

Y si miramos esa imagen que tiene hoy la meditación, vemos a Jesús desde arriba, lo contemplamos cargando la cruz. Si seguimos muy de cerca esa imagen, nos vamos a dar cuenta de que Jesús no encuentra la muerte en un abrir y cerrar de ojos. Jesús necesita un tiempo para que el dolor y el amor se sigan identificando con la Voluntad del Padre:

“Padre haz que pase de Mí éste cáliz pero no se haga mi Voluntad sino la Tuya” (Lc 22, 41). Cumplir tu voluntad Dios mío, dice la escritura: *“(…)tengo mi complacencia y dentro de mi corazón está tu ley”* (Sal 40 [Vg 39]).

Cumplir tu voluntad. Y ahí, si queremos cumplir la voluntad de Dios, iremos al encuentro de la Cruz.

“Señor, que haga tu voluntad. Ayúdame a darme cuenta de que yo como cristiano debo cargar la cruz, porque ser cristiano es seguir a Cristo, no tirarla al piso, no tenerle miedo, no despreciarla”.

La Cruz auestas con una sonrisa en tus labios, con una luz en tu alma. Y en la Pasión de Cristo que consideraremos estos días, la Cruz dejó de ser un símbolo de castigo y se convirtió en una señal de victoria. Tener la cruz es una señal de victoria, es una señal de que Cristo está pasando muy cerca de nosotros.

La Cruz es el emblema del Redentor, allí está nuestra salud, nuestra vida y estará también nuestra resurrección. El camino no termina en la cruz, el camino termina en la resurrección. Lo consideramos ayer en la meditación, aprender a llevar la cruz con sentido de hijos de Dios con visión sobrenatural.

Te decía que esa imagen que vemos en la foto que tienes en el celular, es una imagen que vemos desde arriba, y no vemos el rostro de Jesús. Si quieres ver el rostro de Jesús tienes que bajar y estar junto a Él, y quizá Jesús, Tú, nos sonrías y nos agradezcas por estar tan cerca de ti y quizá en alguna estación nos encontramos con la posibilidad de ayudarte a cargar la Cruz

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=Ke53crH8xcs>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, II estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-2.htm



JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

III ESTACIÓN



P. RICARDO – PERÚ

Predicado el sábado de la 4ª semana de Cuaresma

Continuamos contemplando este “camino de la Cruz”, el Vía Crucis. Y ahora te propongo, para que medites, esa primera caída que tuvo el Señor en ese camino hacia el lugar de la ejecución, de su condena.

Jesús está destrozado. Piénsalo... No ha dormido probablemente nada y ha estado sometido a ese juicio -ese falso juicio, un juicio injusto-; y ya una vez que se diera la condena, ha sido abofeteado, escupido y han aprovechado para descargar en Él todas sus envidias, su ira, su cólera.

Y al día siguiente, el Señor es flagelado y coronado con unas espinas. Y sobre esa espalda, -que está en carne viva porque esos látigos no eran caricias, sino todo lo contrario, estaban hechos para abrirle la carne- el Señor tiene que cargar sobre sus hombros aquel madero, que pesa mucho. Y en un momento no tiene fuerzas y cae.

Dice san Josemaría en su libro “Vía Crucis”, en la Tercera Estación: “La Cruz hiende, destroza con su peso los hombros del Señor. La turbamulta se ha ido agigantando. Los legionarios apenas pueden contener la encrespada, enfurecida muchedumbre que, como río fuera de cauce, afluye por las callejuelas de Jerusalén” (Vía Crucis, Josemaría Escrivá de Balaguer, Rialp).

Jesús ya no puede, no solamente en lo físico, sino también en lo moral. Sobre sus hombros carga el peso no ya sólo del madero, sino el peso de

nuestros pecados. Y parece que esa turbamulta, esa muchedumbre que fluye como un río fuera de cauce, es como si fuesen nuestros pecados, ese gran peso que destroza al Señor.

Y en un momento determinado Jesús cae. “El cuerpo extenuado de Jesús se tambalea ya bajo la Cruz enorme. De su corazón amorosísimo llega apenas un aliento de vida a sus miembros llagados” (Vía Crucis, Josemaría Escrivá de Balaguer).

Porque en ese momento lo que le sostiene es el amor, que es lo mismo que ha llevado Jesús a entregarse, a permanecer mudo ante esas acusaciones de los judíos, de los jefes de la sinagoga, y frente al mismo Pilatos, que en un momento quiere liberarlo porque se da cuenta que es justo.

Pero ahí está el Señor, que quiere echar sobre sus hombros nuestros pecados. Y el amor le lleva a morir. Esto nos ayuda en primer lugar, a darle gracias a Dios. *“Gracias Dios mío, porque has querido padecer todo ese sufrimiento por mí, por todo el mundo”*.

Pero ya no únicamente el mundo como una masa anónima, sino por ti, por cada uno de nosotros, porque el Señor piensa en cada uno de nosotros, no piensa en el mundo como toda la humanidad. Piensa en uno a uno, por tu nombre, por mi nombre. Y ha muerto por nosotros. *“¡Gracias Señor! Gracias porque me amas mucho y yo quiero amarte a Ti. Y por eso estamos ahora contemplando estos episodios de tu vida”*.

Esos episodios que nos demuestran el amor de Dios por sus hijos, por sus criaturas, porque Jesús conoce el peso de nuestros pecados. Es lo que nos muestra esta escena, Cae no solamente porque Jesús está cansado, destrozado, su espalda esta en carne viva, pesa el madero, sino porque pesa sobre todo el mal, el pecado, esas tentaciones que a veces a nosotros nos pueden cansar en esa lucha del día a día, esa lucha por ser santos, que tú y yo queremos llegar a ser, queremos tomarnos en serio esta vocación hermosa que Dios nos ha llamado a través del Bautismo.

Y pesan tus pecados, mis pecados y esas tentaciones que, como la turbamulta, han ido agigantando y parece que es como un río fuera de cauce, que no se puede contener; junto con las preocupaciones, o talvés de una situación dolorosa.

Y el Señor comprende todo esto, el Señor sabe porque lo ha vivido. Es más, todos los pecados de la humanidad han pesado sobre sus hombros. ¿Cómo no nos va a comprender el Señor si caemos? ¡por supuesto que lo hace! ¿Y qué nos dice Jesús? Que el amor lo puede todo, que Él puede aliviar ese peso sobre nuestras espaldas en nuestra vida, que Él puede darnos ese bálsamo para curarnos, que es la confesión, que es su palabra, que es la oración, en la que acudimos a Él, “como estamos ahora hablando Contigo, Señor, que nos amas tanto”.

Y aquí estamos prevenidos de esa tentación que nos pone el demonio: ¡no pero es que tú no vales nada!, o ¡no tienes remedio! ¡Claro que tienes remedio! El Señor no tiene asco de nosotros, aunque nosotros podamos decir que somos un desastre, de ninguna manera nos rechaza.

El Señor en su vida nos lo demuestra cuando vemos cómo se acerca a todas esas personas, que son a veces mugrientos, con harapos, o esos leprosos considerados como impuros, totalmente separados de la comunidad. Y Jesús se acerca a ellos y los toca, los acaricia. O esas personas, como por ejemplo, esa mujer en Cafarnaúm, que padecía ese flujo de sangre, y Jesús se voltea y la busca por la fe de aquella mujer, pero seguramente las otras personas se alejarían de ella, que humanamente no tenía belleza.

O como esas otras mujeres, o esos publicanos, que nadie quería tener contacto con ellos...

El Señor se acerca con esa mirada, y nos invita a que nuestro corazón se convierta: un corazón contrito y humillado, el Señor no despreciará nunca. De esta manera, al experimentar ese amor de un Dios que no tiene miedo de tocar nuestras heridas, de lavarnos de esa suciedad, nos ayudará también a nosotros a perdonar. A perdonar a todas las personas, a perdonar a aquellos que nos puedan hacer daño, desde las cosas más pequeñas hasta las cosas más grandes; a saber afrontar ese dolor, a saber afrontar sobre todo nuestra poquedad, porque contamos con toda la ayuda de Dios. *¡Dios es el gran médico!*

Sucede como cuando vas a una farmacia pequeña, pides medicamentos y te dicen que no hay. Pues Dios no nos va a decir esto ya se me acabó, sino que te dirá: Ven, yo te voy a curar, yo voy a lavar tus heridas, yo te voy a dar esta medicina, te voy a dar este bálsamo y nos cargará, y si nos hemos caído ¡nos levantará!

Porque es lo que pasa a continuación, nos dice San Josemaría en Vía Crucis: *“Del fondo del alma nace un acto de contrición verdadera, que nos saca de la postración del pecado. Jesús ha caído para que nosotros nos levantemos: una vez y siempre”* (Vía Crucis, Josemaría Escrivá de Balaguer).

Y es lo que nos demuestra el Señor en esta escena, Jesús cae -y espero no hacer un spoiler- pero el Señor luego se levantará por supuesto, porque irá a ese calvario. Y es lo que quiere el Señor de nosotros, que nos levantemos con Él

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=evquKaWxaCo>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, III estación:



http://www.escrivaobras.org/book/via_crucis-punto-3.htm



JESÚS ENCUENTRA A SU SANTÍSIMA MADRE, MARÍA

IV ESTACIÓN



P. NEPTALI – VENEZUELA

Predicado el domingo de la 5ª semana de Cuaresma

Apenas se ha levantado Jesús en su primera caída nos dice san Josemaría en su libro del Vía Crucis, cuando encuentra a su Madre Santísima junto al camino por donde Él pasa. Con inmenso amor mira María a Jesús, y Jesús mira a su madre. Sus ojos se encuentran, y cada corazón vierte en el otro su propio dolor.

Los cristianos sabemos que en la cruz de Cristo está la respuesta al significado del dolor, al significado de la renuncia. Sabemos que por Cristo y en Cristo, se ilumina ese enigma del dolor y de la muerte.

Fuera del Evangelio, nos envolvería una absoluta oscuridad. Debemos mirar a Cristo para comprender con profundidad esta vida, mirar sobre todo cómo estamos haciendo en estos días su Pasión y su Muerte para comprender el sentido del dolor y de la renuncia. Comprender -como nos dice el Catecismo- que la Pasión Redentora, es la razón de ser de la Encarnación. **“Nadie tiene mayor amor que aquel que da su vida por sus amigos”** (Jn 15, 13), nos dice el Señor. Y que tanto en el sufrimiento como en la muerte, la Santísima Humanidad de Cristo se hizo un instrumento, un instrumento libre, perfecto de su Amor Divino que quiere la salvación de todos los hombres.

En este quinto domingo del Tiempo de Cuaresma leeremos en el Evangelio el pasaje de la mujer adúltera; una mujer sorprendida en flagrante adulterio, donde la ley de Moisés mandaba a apedrear a aquellas personas, e insisten en preguntarle a Jesús.

“Y el Señor contesta: —El que esté sin pecado que tire la primera piedra. Ellos al oírlo —dice el evangelista— se fueron escabullendo uno a uno empezando por los más viejos hasta el último y quedando solo Jesús con la mujer. Le preguntó a la mujer: —¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Ella contestó: —Ninguno Señor. Y dijo Jesús: —Tampoco yo te condeno; anda y en adelante no peques más” (Jn 8, 7-11).

Este pasaje, nos lleva a comprender mejor que la vida cristiana consiste en enamorarse de Jesucristo, en seguirle de cerca. Que la santificación no puede reducirse sólo a tener su centro en la lucha contra el pecado, porque no es algo negativo en sí mismo, sino que la santificación consiste en tener su centro en Cristo.

No consiste tampoco en enormes esfuerzos de la voluntad o grandes especulaciones, sino conocer a Jesucristo, conocerlo y llevarlo a todos los sitios. Se apoya en la confianza en Él, que es Dios, que es Hombre Verdadero y que nos comprende, que es nuestro amigo y que ha venido a salvar, no a condenar. Por eso nuestra vida es una continua acción de gracias, porque Dios está siempre de nuestra parte junto a nosotros, con nosotros, en nosotros.

“Ha esperado el Señor este encuentro con su Madre Santísima. ¡Cuántos recuerdos de infancia!: en Belén, el lejano Egipto, la aldea de Nazaret. Ahora, también la quiere junto a sí en el Calvario. —Como tú y yo— ¡La necesitamos!... —también— en la oscuridad” (San Josemaría, Via Crucis, IV Estación, n.3).

Estas palabras de san Josemaría nos llevan a pensar que no estamos solos. Es conocida aquella petición de santo Tomás Moro (que tenía muy buen humor) y le dirige al Señor diciéndole: “Dame Señor: serenidad para sobrellevar las cosas que no puedo cambiar, valentía para cambiar las que sí puedo cambiar y sabiduría para saber distinguir unas de otras”.

En situaciones extremas, en el peor de los peligros, tampoco estamos solos. Esa certeza en la cercanía de Dios es otra de las claves para responder serenamente ante la realidad, que en algún momento puede ser objetivamente muy contraria, muy adversa.

Saber que el cuidado de Dios no nos falta nunca, no nos falla, porque eso cuenta también incluso con las dificultades que padecemos; tener serenidad, que significa dominio de uno mismo, control de un estado interior que nos puede impulsar malamente a la precipitación, a dar una respuesta rápida, más o menos impensada, e incluso a veces violenta.

Una persona serena es una persona que da seguridad a los demás, y quienes le conocen, saben que se puede contar con ella para solicitar un consejo, resolver un problema, dar una solución, o al menos un poco de luz.

Hay situaciones que reclaman calma y serenidad para resolverlas siempre con acierto, y cuando se queda en el nerviosismo, se sufre más y se resuelven mal los asuntos. Además en ese estado, no es fácil acudir a Dios para pedirle la ayuda que necesitamos; en medio de una agitación no nos deja ni siquiera pensar en Él.

La precipitación y el nerviosismo nos impide incluso razonar bien, y no pocas veces, decir palabras inadecuadas.

En ese estado, hace falta el respeto y la caridad hacia los demás. Una respuesta serena ante lo que llega, ante una desgracia, ante lo esperado, también es fortaleza, una entereza que permite llevar la atención hacia lo que conviene hacer en esa situación.

Tener el ánimo sereno es necesario para afrontar las adversidades con paz, garantía de acertar en la solución de un asunto que puede ser muy difícil para poder resolverlo con eficacia, con justicia, y sobre todo saber que Dios vive en nuestro interior. Por eso tenemos que estar serenos y que su misericordia nos acompañe siempre, sobre todo cuando necesitamos más ayuda.

Serenidad, gran virtud que se afianza en esa convicción de que somos hijos muy queridos de Dios. Nada nos sucede sin su consentimiento y sin su ayuda. La serenidad no es, ni mucho menos, insensibilidad, sino que nos ayuda, como todas las virtudes, a integrar todos esos aspectos de la persona humana, de esas tendencias instintivas pasando por los afectos, por los sentimientos, hasta la voluntad y la razón.

Probablemente será una tarea de toda la vida. La lucha ascética, no nos lleva a hacernos insensibles ni mucho menos, sino a integrar esas tendencias en el conjunto de nuestra vida, en nuestro compromiso de amor con el Señor.

Sigamos a Cristo tan de cerca como lo hizo su Madre Santa María. Ella que lo siguió a lo largo de su Pasión y donde se cumple perfectamente la profecía de Simeón: “(...) **una espada traspasará tu alma**” (Lc 2, 35).

Y que en esa oscura soledad de la Pasión, Nuestra Señora nos ofrecerá, como a su Hijo también, un bálsamo de ternura, de unión, de fidelidad, un sí a la voluntad divina.

De la mano de María, nos hace contemplar san Josemaría: *“Tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en toda la voluntad de su Padre, de nuestro Padre”*.

Terminamos pidiéndole a la Virgen esa serenidad para que, como Ella, afrontemos el camino de nuestra vida.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



https://www.youtube.com/watch?v=hfLo_uck2Co

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, IV estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-4.htm



JESÚS ES AYUDADO POR SIMÓN DE CIRENE A LLEVAR LA CRUZ

V ESTACIÓN



P. JUAN PABLO – MÉXICO

Predicado el lunes de la quinta semana de cuaresma

“Yo soy la luz del mundo y el que me sigue no caminará en la oscuridad y tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

Así comienza el Evangelio del día, que nos anima a querer seguir a Jesús. “Señor, yo te quiero seguir porque yo no quiero caminar en la oscuridad, yo quiero tener la luz de la vida”. Caminar en la oscuridad suena algo peligroso. Seguramente, alguna vez has caminado en la oscuridad y vas cada vez más lento; vas quizás con miedo y, alguna vez, incluso en tu casa que piensas que conoces muy bien, vas por la oscuridad caminando y de repente el dedo chiquito en la esquina de un mueble y... un gran dolor.

Yo te quiero seguir Señor y tú ¿qué me dices?...**“El que me sigue no caminará en la oscuridad y tendrá la luz de la vida”, “El que me quiera seguir que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga” (Mt 16, 24).**

Hoy meditamos la quinta estación del Vía Crucis: “Simón ayuda a llevar la Cruz de Jesús”. Nos dices que el que quiera estar cerca de Ti necesita abrazar la Cruz, necesita cargar con la Cruz, cargar con tu Cruz; estar contigo en la Cruz.

“Jesús está extenuado. Su paso se hace más y más torpe y la soldadesca tiene prisa por acabar; de modo que, cuando salen de la ciudad por la puerta Judiciaria, requieren a un hombre que venía de una granja, llamado Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo y le fuerzan a que lleve la Cruz de Jesús (cfr. Mc XV, 21)” (Vía Crucis, San Josemaría).

Esta descripción tan clara, tan viva, es del libro de san Josemaría que estamos meditando, donde se nos habla cómo esta persona, que pasaba por ahí, es forzada a llevar la Cruz de Jesús. Ya desde ahí nos habla de humildad: dejarse ayudar. Porque, a veces, la soberbia nos lleva, incluso, a no pedir ayuda cuando la necesitamos.

Típico que nos sentimos mal, que necesitamos ir al médico y nos dicen ¿ya fuiste al médico? No, no, voy mañana si me sigo sintiendo mal y vamos retrasando esa ayuda que necesitamos.

Otro tipo de ayuda es confesarnos. Por ejemplo, recibir la ayuda de Dios, de la gracia o en otras cosas de nuestra vida, en alguna tarea, en algún encargo que tenemos y que nos cuesta y que sufrimos porque no pedimos ayuda.

“Jesús, ayúdanos a ser sencillos, a saber pedir ayuda, a saber dejarnos ayudar como Tú te dejaste ayudar por Simón de Cirene. También ayúdanos a no pasarnos y pedir ayuda cuando sea necesario, no que cada palo aguante su vela y no ser señoritos que nos dejamos servir por los demás.

Tú Señor te dejas ayudar y eso es un honor, el poderte ayudar. Simón de Cirene, quizá al principio se enojó y refunfuñó, pero después, al recibir tantos beneficios de simplemente estar Contigo, se puso contento. Es una bendición el poderte ayudar”.

Por eso, en la Plegaria Eucarística segunda decimos: Te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia; te damos gracias porque nos permites servirte en tu presencia.

“Tú Señor no te dejas ganar en generosidad y sabes pagar muy bien al que te ayuda, al que se acerca a Ti con deseos de ayudarte a llevar la Cruz”.

Continúa el relato de san Josemaría: *“En el conjunto de la Pasión es bien poca cosa lo que supone esta ayuda. Pero a Jesús le basta una sonrisa, una palabra, un gesto, un poco de amor para derramar copiosamente su gracia sobre el alma del amigo. Años más tarde, los hijos de Simón, ya cristianos, serán conocidos y estimados entre sus hermanos en la fe. Todo empezó por un encuentro inopinado con la Cruz.*

Me presenté a los que no preguntaban por mí, me hallaron los que no me buscaban (Is LXV, 1)”.

Así nos dice san Josemaría, cómo Dios, cómo Jesús derrama su Gracia generosamente ante aquel que se acerca con deseos, con buena voluntad, con sinceridad de corazón.

“Señor, que yo me sepa acercar a Ti con ese deseo de acompañarte, saber no rechazar la Cruz, porque la Cruz aparece -como dice san Josemaría - al final de ésta consideración”:

“A veces la Cruz aparece sin buscarla: es Cristo que pregunta por nosotros. Y si acaso ante esa Cruz inesperada y tal vez por eso más oscura, el corazón mostrara repugnancia... no le des consuelos. Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: corazón, ¡corazón en la Cruz! ¡corazón en la Cruz!”.

Qué bonita jaculatoria, qué bonita oración para repetir: corazón en la Cruz. Cuando viene la dificultad, la contrariedad, que yo sepa que está el Misterio de la Redención detrás. Que si yo acepto esa Cruz, estoy con Jesús, estoy más cerca de Él todavía.

Leemos hoy, en la primera lectura de la misa, la historia de Susana. Una historia dramática en la que la Cruz se le apareció: “O pecas o te acusamos de adulterio y la pena del adulterio es la muerte”.

O pecas o vas a morir apedreada. ***Y ¿qué hizo Susana? Lanzó un gemido y dijo: “No tengo ninguna salida, si me entrego a ustedes será la muerte para mí; si resisto, no escaparé de sus manos. Pero es mejor para mí ser víctima de sus calumnias, que pecar contra el Señor”*** (Dn 13, 21-23).

Susana supo abrazar la Cruz, aunque todavía faltaban muchos años para la venida de Cristo, para la Cruz, para la Resurrección. Siempre ha sido bien vista la fe, el sacrificio por no negar la fe, muchos mártires de los antiguos judíos. Y Susana iba a morir antes de ofender a Dios, pero Dios escuchó sus ruegos y envió a Daniel para que la salvara y Susana se cubrió de Gloria.

“El que me sigue no caminará en la oscuridad” dice Jesús y esa luz se hizo presente en Daniel, como adelantándose, pero esa luz es tan poderosa que incluso va más allá de exaltar al Justo como exaltó a Susana.

Esa luz es capaz de borrar los pecados y de perdonar, incluso a la adúltera. Ayer leímos en el Evangelio cómo le llevan a Jesús a una mujer sorprendida en adulterio y ***“Tú Señor la perdonas”. “¿Nadie te condena?” Le preguntas a la mujer, “No, nadie Señor. Pues Yo tampoco te condeno, vete y no vuelvas a pecar”*** (Jn 8, 10-11).

El juicio de Dios es el perdón, por eso Jesús dice: “El que me sigue, aunque sea pecador, si quiere alejarse del pecado, si quiere convertirse, no caminará en la oscuridad y tendrá la luz de la vida, no será condenado a muerte.

“El pecado ya no tiene la última palabra, la muerte ya no tiene la última palabra porque Yo vine a destruir la muerte, Yo vine a dar la vida en abundancia. Ahora, el que me quiera seguir, necesita tomar su Cruz”.

Le pedimos al Señor Jesús, que nos ayude a ser valientes como Simón de Cirene, que nos ayude a saber que, si cargamos con la Cruz, estamos muy cerca de Él. Saber que, a veces, esa Cruz que viene de sorpresa ante alguna enfermedad, algún accidente, alguna circunstancia, es una predilección de Dios. Es un gran misterio, pero así es.

Que tengamos la fe para verte detrás de esos sucesos y acudimos a nuestra Madre la Virgen que estuvo junto a la Cruz de Jesús, de pie en el Calvario, para que nos ayude a ser valientes; para saber seguir a Jesús muy de cerca.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=9nc8MzGWvJs>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, V estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-5.htm



VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

VI ESTACIÓN



P. SANTIAGO – COLOMBIA

Predicado el martes de la 5a. Semana de Cuaresma

“Una piadosa mujer, Verónica de nombre, se abre paso entre la muchedumbre, llevando un lienzo blanco plegado, con el que limpia piadosamente el rostro de Jesús. El Señor deja grabada su Santa Faz, en las tres partes de ese velo” (Via Crucis, San Josemaría).

Es la escena que contemplamos en la sexta estación del Vía Crucis. Cómo una mujer piadosa, se acerca a limpiar el rostro de Jesús. Y en este momento de adoración, tú y yo podemos ser esa Verónica.

“Y me aproximo a Ti Jesús y contemplo tu rostro dolorido. Te dejas envolver con ese lienzo blanco que va absorbiendo tu sudor, tu sangre; que limpia de tu rostro el polvo, la tierra,... Te dejas cuidar por mí y sientes cierto alivio. Mi amor Jesús, es tu alivio”.

“El rostro bienamado de Jesús que había sonreído a los niños y se transfiguró de gloria en el Tabor” delante de Pedro, de Santiago, de Juan, “está ahora como oculto por el dolor”.

Ese rostro de Dios está oculto por el sufrimiento, por la angustia, por la Cruz, por el dolor de la Cruz.

“Pero este dolor es nuestra purificación; ese sudor y esa sangre que empañan y desdibujan sus facciones, nuestra limpieza” (Via Crucis, San Josemaría). “Y me agradeces este pequeño detalle, mirándome por dentro”. Jesús mira por dentro, mira más allá. “Con esa mirada lenta, Jesús, me infundes tú Espíritu”.

Así lo vemos en la imagen que acompaña hoy este audio. Vemos a medias el rostro de Jesús, porque la otra mitad lo cubre el lienzo blanco.

Y Jesús me mira por dentro. Tú, al mirar esa imagen, siéntete mirado, mirada por Jesús; mirado por dentro. Y cómo Jesús, nos gustaría gritar: ¡Sangre de Cristo, embriágame. Pasión de Cristo, confórtame! ¿Qué le dice la Verónica a Jesús? O ¿qué le dice Jesús a la Verónica? Pienso que no hacen falta palabras. No se dirían,... nada. El silencio de Dios que entra en el corazón y nos mira.

El nombre de Verónica viene del latín y quiere decir “imagen de la verdad”. ¿La verdad de qué? De sabernos pecadores y necesitados de la misericordia de Dios.

Jesús también nos mira diciéndonos: *“necesito tu amor, necesito de tu alivio, necesito de tu comprensión, necesito que me quieras... Podrías decir Jesús, mirándonos hoy en esta escena”.*

“Los rostros de los hombres de silencio, son distintos de los que están desfigurados por los ruidos del placer y los artificios de un mundo sin Dios. Sus rasgos, sus miradas y sus sonrisas se hallan marcados por la fuerza del silencio” (La Fuerza del Silencio, Cardenal Robert Sarah).

La fuerza del silencio de una mirada, de un encuentro personal con Jesús. Y el domingo, la Iglesia proclamaba en el Evangelio la historia de esa mujer adúltera que iban a apedrear.

Más adelante, esa mujer (dicen algunos exégetas) ungiría los pies de Jesús y los secaría con sus cabellos. No se sentía digna, se sabe pecadora, pero se sabe también perdonada, amada por Jesús.

Verónica, en cambio, se atreve a enjugar, a limpiar el rostro de Dios. *“¡Qué contraste Señor!”* Dos mujeres, dos actitudes, dos amores. Una, a quien mucho se le perdonó y otra.... -quiero mirar hacia la Verónica-, que su pureza y su verdad la impulsan a acariciar y a consolar el rostro de Jesús.

“Señor, pero pecadores o santos, lo que te importa a Ti Señor es el amor; el amor nuestro. Y la pregunta de hoy es ¿limpiaríamos el rostro de Jesús con un trapo sucio, con un trapo roto, con un trapo maloliente? ¿Cómo sería ese lienzo que prepararíamos para limpiar el rostro de Jesús? Ese lienzo es nuestra vida, es nuestro corazón y ¿cómo vamos purificando ese corazón? ¿Cómo lo vamos preparando para consolar a Jesús, para aliviar a Jesús?... con la mejor devoción: los actos de contrición, los actos de desagravio.

Dios no se cansa de perdonarnos. Nuestras contriciones a Jesús siempre le van a parecer nuevas. *“Nosotros, que no nos cansemos Señor de pedirte perdón y de desagraviarte y de repetir actos de amor, de contrición.*

Y ese amor en esos actos de contrición, nos irá quitando las quejas. ¡Qué buen sacrificio no quejarse! ¡No quejarse!” Recuerdo esa anécdota de ese carpintero que estuvo en la cárcel y que, después de salir, recibe el encargo de hacer una cruz.

Cuando va a entregar esa cruz al cliente, éste le pide que crucifique una imagen de Cristo en esa cruz. Y este hombre comienza a llorar, dice que ya le ha crucificado mucho, que no le va a volver a crucificar nunca más, llora y se convierte.

Este es un personaje de la vida real, mexicano. Qué bonita historia para comprender lo que son los actos de amor, los actos de desagravio. Nunca más volver a crucificar a Jesús, nunca más volver a abofetearle, a escupirle, a insultarle.

Más bien, como Verónica, acariciar su Rostro, limpiarle esa sangre con nuestras buenas obras y alejándonos de actitudes de pecado.

“Señor, seguimos caminando contigo por este camino de la Cruz, por este Vía Crucis”. Lo importante es caminar cerca de Jesús.

“Es mejor andar por el camino, aunque sea cojeando, que caminar rápidamente fuera del camino. Porque el que va cojeando por el camino, aunque adelanta poco, se va acercando al término.

Pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando del término. Si buscas a dónde has de ir, adhiérete a Cristo porque Él es la verdad a la que deseamos llegar” (Camina por el hombre y llegarás a Dios, San Agustín).“

“Señor, que caminemos contigo con actos de amor, con actos de desagravio y así, te haremos más llevadero el camino de la Cruz”.

Que seamos como esa Verónica, esa mujer piadosa que se acerca decidida, sin miedo, a limpiar el rostro de Jesús.

Vamos a acudir a nuestra Madre y vamos a pedirle que interceda por nosotros.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=60JqA9RZUpU>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, VI estación:



http://www.escrivaobras.org/book/via_crucis-punto-6.htm



JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

VII ESTACIÓN 



P. MARCOS – ARGENTINA

Predicado el miércoles de la 5a semana de Cuaresma

Escribe san Josemaría en su Vía Crucis: *“Ya fuera de la muralla, el cuerpo de Jesús vuelve a abatirse a causa de la flaqueza, cayendo por segunda vez, entre el griterío de la muchedumbre y los empujones de los soldados.*

La debilidad del cuerpo y la amargura del alma han hecho que Jesús caiga de nuevo. Todos los pecados de los hombres- los míos también- pesan sobre su Humanidad Santísima.

Fue Él quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores y nosotros le tuvimos por castigado, herido de Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra salvación pesó sobre Él y en sus llagas hemos sido curados (Is LIII, 4-5)”(San Josemaría, Vía Crucis, estación VII).

San Josemaría nos pone frente a todas las debilidades de los hombres, frente a ese Jesús, que cae por segunda vez en la ladera del calvario. Pesan sobre Él todas las debilidades de todos los hombres y hacen que su Cuerpo caiga entre medio de las rocas del camino, de las piedras del Calvario; Jesús se hace cargo de todas las debilidades nuestras.

En esta meditación vamos a pensar en todas aquellas debilidades nuestras, todas aquellas cosas que queremos que el Señor cargue junto con nosotros; que no nos deje solos.

Tenemos muchas debilidades en la vida. A veces es una enfermedad; otras veces es ese carácter nuestro que nos humilla y que no logramos dominar. En otras ocasiones es una relación difícil, con una persona tal vez, con una persona muy cercana, con una persona de tu familia...

Frente a todas nuestras debilidades Jesús se vuelve a alzar con la Cruz a costas, fatigosamente, trabajosamente. Él se vuelve a alzar con la Cruz para que nosotros aprendamos a que cualquier debilidad que tengamos se puede superar con la ayuda de Jesús.

Hay muchas debilidades en nuestra vida, muchas cosas que nos pesan y que nos hacen tropezar y caer.

“Desfallece Jesús, pero su caída nos levanta, su muerte nos resucita.

A nuestra reincidencia en el mal, responde Jesús con su insistencia en redimirnos, con abundancia de perdón. Y, para que nadie desespere, vuelve a alzarse fatigosamente abrazado a la Cruz.

Que los tropiezos y derrotas no nos aparten ya más de Él. Como el niño débil se arroja compungido en los brazos recios de su padre, tú y yo nos asiremos al yugo de Jesús. Solo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza humana en fortaleza divina” (San Josemaría, Vía Crucis, estación VII).

¡Señor te pedimos, que sepamos levantarnos de nuestras caídas! Si en algún momento hemos caído a causa de la debilidad de nuestro carácter o de la flaqueza, que no desesperemos Señor; que no desesperemos frente a nuestras flaquezas y que no desesperemos también frente a nuestras caídas.

En muchas ocasiones le pedimos al Señor que nos libre de todas las dolencias del cuerpo y de todas las fatigas del alma. Le pedimos al Señor que nos quite cualquier dificultad en el camino.

Y cuando vemos al Señor caer en la ladera del Calvario ¿no te da un poco de vergüenza enojarte cuando el Señor te parece no escucharte? ¿No te da un poco de vergüenza pedirle tanto al Señor que te libre de todas tus angustias, de todas tus fatigas, de todos tus motivos de tropiezo frente a ese Jesús destrozado, que cae muerto de fatiga en la ladera del calvario?

Aún tenemos suficiente caradura para pedirle al Señor que nos libre de todas nuestras fatigas cuando Él no se permitió ninguna ayuda frente a sus caídas. *“Cae Jesús por el peso del madero... Nosotros, por la atracción de las cosas de la tierra.*

Prefiere venirse abajo antes que soltar la Cruz. Así sana Cristo el desamor que a nosotros nos derriba” (San Josemaría, Vía Crucis, estación VII).

Señor Vos cuando caes no soltás la Cruz, no la soltarías ni loco. En cambio nosotros, con qué facilidad -cuando vienen los momentos de dificultad- lo primero que hacemos es soltar la Cruz; arrojarla lejos de nosotros; renegar de la Cruz.

Señor, que nunca suelte la Cruz en mis caídas. Que cuando tropiezo me aferre, con más fuerza que nunca, a la Cruz, para que esa Cruz me salve, esa Cruz me ayude a levantarme.

Continúa diciendo san Josemaría: *“Ese desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias? ¿Por tus derrotas, a veces continuas? ¿Por un bache grande, grande, que no esperabas?*

Sé sencillo. Abre el corazón. Mira que todavía nada se ha perdido. Aún puedes seguir adelante y con más amor, con más cariño, con más fortaleza.

Refúgiate en la Filiación Divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, victoria”.

Señor, que nunca suelte mi Cruz al caer. ¿Por qué tanto desaliento? ¿Por qué cuando te pido algo y parece que no me escuchás, enseguida ya me ofendo, me ofusco; suelto la Cruz, la echo a rodar y quiero seguir por mi cuenta?

Señor que nunca suelte la Cruz al caer. Hazme sencillo, que abra el corazón. Que me dé cuenta que si Vos querés que siga caminando, tengo que levantarme y tengo que levantarme abrazando la Cruz.

Tengo que levantarme y, muchas veces, tendré que levantarme con mis propias fuerzas y con la ayuda de la gracia de Dios; con esa ayuda maravillosa que me da la gracia a través del sacramento de la confesión, a través de la gracia sacramental.

“Me has dicho: Padre lo estoy pasando muy mal. Y te he respondido al oído: toma sobre tus hombros una partecita de esa cruz, solo una parte pequeña. Y si ni siquiera así puedes con ella,... déjala toda entera sobre los hombros fuertes de Cristo.

Y ya desde ahora, repite conmigo: Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno” (San Josemaría, Vía Crucis, estación VII).

María acompañó a Jesús junto a la Cruz. Vamos a pedirle a ella que nunca reneguemos de la Cruz; que nunca la soltemos al caer; que sepamos acompañar a Jesús en cada momento de este Vía Crucis.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=XG7aaSlvWkQ>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, VII estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-7.htm



JESÚS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

VIII ESTACIÓN



P. FEDERICO RUÍZ – GUATEMALA

Predicado el jueves de la 5ª semana de Cuaresma

Un sacerdote chileno con magnífica pluma escribe:

“El Vía Crucis tiene una longitud exacta de quinientos metros; esos quinientos metros son los más largos de la creación. La teoría de la relatividad enmudece frente a esa distancia. La cruz tiene un peso exacto de setenta kilos, esos setenta kilos son los más pesados del universo. Nuestra galaxia gravita entera en torno a esa cruz.

La fuerza con que Jesús la abrazó y la subió al Calvario carece de expresión física, es la inmensidad del amor de Dios. El tiempo que Jesús tardó en ese trabajo inconmensurable no hay calendario solar ni cósmico que medirlo pueda, cuando el tiempo haya borrado ya todos los caminos de este pobre mundo, Jesús seguirá subiendo con la cruz a cuestas” (Vía Crucis I de JMI Langlois).

Y nosotros, tú y yo, estamos recorriendo esos quinientos metros, algo entendemos de esos setenta kilos y nos parecen demasiado: Esto se nos ha ido de las manos... Pero sentimos la impotencia, porque Él, Jesús, se ha entregado voluntariamente, y el curso de los acontecimientos, el sucederse de las estaciones del Vía Crucis, es ya imparable... ¡no hay quien lo frene!

Hemos visto como Simón de Cirene ha tenido la suerte de ser obligado a ayudar al condenado, Verónica ha tenido la valentía de limpiarle el rostro, pero Jesús sigue con la cruz, abrazado a ella, y sigue tropezando y cayendo... Y de alguna manera esta sensación de impotencia, y este profundo dolor sólo consiguen manifestarse en lágrimas. Y son lágrimas de eso: de dolor, de impotencia, de amor.

Estamos viendo pasar a Jesús Nazareno, el rey de los judíos por esas calles estrechas, abarrotadas de gentes de Jerusalén. Y dice san Josemaría: *“Entre las gentes que contemplan el paso del Señor, hay unas cuantas mujeres que no pueden contener su compasión y prorrumpen en lágrimas, recordando acaso aquellas jornadas gloriosas de Jesucristo, cuando todos exclamaban maravillados: bene omnia fecit”. “**Todo lo ha hecho bien**” (Mc 7,37) .*

El mejor lugar para llorar... si algo hay que reconocerle a este grupo de mujeres es que han encontrado el mejor lugar para llorar, frente a Jesús. Frente a Jesús en el Sagrario: si puedes te lo recomiendo, ese es el mejor lugar para reír y para llorar. Pero hoy toca llorar. Todos lloramos... Me contaron cómo una tarde en una merienda familiar, un niño tropieza, y comienza a llorar. Su mamá desde una esquina le dice: —Los hombres no lloran. Pero a su lado está uno de sus tíos, que le ayuda a levantarse mientras le susurra al oído: —Como se nota que mamá no es hombre, todos lloramos.

Y ahora te pregunto: ¿Por qué lloras? Tú y yo, todos hemos llorado. ¿Por orgullo herido? ¿Por rabia contenida? ¿Por algún dolor de esos que no se soportan? ¿Una tristeza o una amargura que sube como un nudo por la garganta? Pero yo te pregunto: ¿Y por tus pecados?

En esta Estación del Vía Crucis san Josemaría continúa diciendo: ***“Pero el Señor quiere enderezar ese llanto hacia un motivo más sobrenatural, y las invita a llorar por los pecados, que son la causa de la Pasión y te atraerán el rigor de la justicia divina: –Hijas de Jerusalén no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos... Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará?” (Lc 23, 28–31).***

Tus pecados, los míos, los de todos los hombres, se ponen en pie. Todo el mal que hemos hecho y el bien que hemos dejado de hacer. El panorama desolador de los delitos e infamias sin cuento, que habríamos cometido, si Él Jesús, no nos hubiera confortado con la luz de su mirada amabilísima”.

A esto nos invita san Josemaría, a que desviemos nuestra atención hacia nuestros pecados, que es la misma sugerencia de Jesús. Y no se trata de ser llorones, pero ésta es la razón más válida por qué llorar. Y Jesús nos la ha señalado.

Lo que te voy a contar ahora no sé si será una leyenda o una especie de parábola, pero encierra una enseñanza digna de ser meditada.

Un joven lleno de pecados y de remordimiento se postró ante un Santo Cristo y le habló así: —Señor, sé que te he ofendido y busco perdón, ¿qué debo hacer? Por toda respuesta el Cristo descolgó la mano derecha y, dándole una copa, dijo: —Llénala de agua. Cuando esté llena, habrás quedado perdonado.

El pecador vio cerca una fuente y acudió allí con la copa, pero en ese instante la fuente se secó. No le importó mucho, sabía que en el valle había un torrente de aguas tumultuosas. Corrió hacia el torrente, llegó jadeante, pero el torrente se secó en cuanto arrió la copa.

Pensó que Dios quería imponer este tipo de penitencia de hacerle ir de aquí para allá, y se quedó tranquilo: a pocos días de camino estaba el mar; y eso sobraría para llenar la copa. Pero esta vez tuvo que atravesar montañas y pueblos. No quiso descansar ni un instante.

Al fin, desde lejos, pudo contemplar el mar, y se llenaron de esperanza sus ojos. Llegó a la playa, arrió la copa a las olas... y las olas comenzaron a retroceder. Entonces cayó de rodillas desconsolado; si hasta el mar se retiraba de su presencia, seguramente es que no tenía perdón de Dios.

Empezó a llorar, y a llorar. Las lágrimas brotaban a raudales de sus ojos e iban cayendo en la copa. Ésta se llenó... ¡de agua de lágrimas! Ahora que contemplamos esta escena: es bueno llorar nuestros pecados. Tal vez no nos salten las lágrimas, pero sí ese llorar interior pidiendo perdón. No para hundirnos en la tristeza, porque no se trata de un auto flagelo, de masoquismo. No, se trata de dolor de amor.

Recordemos el título de esta estación: Jesús consuela a las hijas de Jerusalén. No son ellas las que lo consuelan, es Él quien las consuela a ellas.

¿Y si nosotros sabemos pedir perdón sincero de nuestros pecados con dolor? Jesús nos va a consolar a nosotros como a ellas. Pues, Señor te pedimos perdón al mismo tiempo que te pedimos consuelo.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=0bigdssnvcE>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, VIII estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-8.htm



JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

IX ESTACIÓN



P. JUAN CARLOS – ECUADOR

Predicado el martes de la 1ª semana de Cuaresma

“Jesús cae por tercera vez en la ladera del Calvario, cuando quedan sólo 40 ó 50 pasos para llegar a la cumbre, Jesús no se sostiene en pie, le faltan las fuerzas y yace agotado en tierra.

Como dice el libro de Isaías, hablando del siervo doliente: **“Se entregó porque quiso, maltratado, no abrió boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores”** (Is 53, 7).

Y dice san Josemaría: *“Todos contra Él...: los de la ciudad y los extranjeros y los fariseos y los soldados y los príncipes de los sacerdotes... Todos verdugos. Su Madre, mi Madre, María, llora. ¡Jesús cumple la voluntad de su Padre! Pobre: desnudo. Generoso: ¿qué le falta por entregar? Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (Gal 2, 20). *Me amó y se entregó hasta la muerte por mí”*. (Josemaría Escrivá, Vía Crucis. Cap. 9).

Jesús cae y ¿qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la Cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en esta tendencia a un secularismo sin Dios, que vemos con una agresividad que llama la atención.

Podríamos también pensar en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia; efectivamente, atacan de fuera, pero también por dentro. ¿Cuántas veces se abusa del Sacramento de su Presencia? Tantas Iglesias que están vacías; tantos sitios en donde no se da la reverencia a nuestro Dios que está en la Forma Consagrada... ¿cuántas veces? (...)

Hace poco tiempo me pasó que me invitaron a celebrar una Primera Comunión, una familia buena, católica... y todo el mundo pasaba al lado del Sagrario sin hacer ni una inclinación de cabeza, ni una genuflexión...

Y se los dije en la ceremonia, porque a veces podemos perder esa sensibilidad ¡y esta es la gente buena! ¿En cuántos sitios no hay ni siquiera una formación básica en este sentido?

“Y, Jesús, muchas veces estás allí y nadie se da cuenta y todos pasamos como si no estuviera nadie; como si fuera una pared más o un cuadro. ¡Perdón Señor, perdón!”. Cuántas veces yo mismo Señor, tengo que pedir perdón porque cuando comulgo me distraigo. Cuando termina la misa a veces no sé guardar esos minutos y la gente viene a preguntarte cosas y yo me doy cuenta que estás dentro de mi corazón y me gustaría decir: ¡espera un ratito, espera un ratito!... Yo intento ocultarme en la Sacristía, ¡pero hasta ahí te van a buscar, es impresionante!

Qué importante cuidar esos minutos, “pero Señor, perdón por las veces en las que también he tenido esa urgencia de salir y no he cuidado esos detalles”. ¿Qué nos puede decir la tercera caída de Jesús bajo el peso de la Cruz? En nuestras caídas pequeñas y no tan pequeñas, en la poca fe que encontramos en muchas teorías, en las palabras vacías que justifican sin razonadas razones, ¡qué poca fe!

“Perdón Señor, cuánta suciedad, a veces dejamos que entre en nosotros, en las cosas que a veces se ven”. Si, no son cosas graves, pero a veces es suciedad. Podríamos tener como una delicadeza más, con mayor delicadeza para no dejar entrar en nuestra memoria, en nuestra imaginación, o en el mismo Sacramento de la Reconciliación. De llegar al Señor con un propósito real de enmienda, especialmente las personas que se confiesan con frecuencia, que tengan realmente dolor de sus pecados.

Todos estos detalles nos recuerdan pues, un tema para meditar: ¿Cómo vivimos esto? *“Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes”.*

Ahora, nos ha dolido mucho todos los escándalos de abusos que lastimosamente han manchado la imagen de la Iglesia. *“Señor, te pedimos perdón también por eso, ayúdanos a purificarnos de esto, pero sabemos que Tú nos has ofrecido que la Iglesia prevalecerá, que llegará hasta el final de los tiempos”. “Te pedimos que nos ayudes a purificarnos y también a purificar nuestro alrededor. Ten piedad de tu Iglesia, ¡Ayúdanos Señor!*

Ayúdanos a ser cada vez más conscientes de la necesidad de ser delicados con Tu presencia en la Eucaristía; de no dejarnos llevar por las prisas, de hacer bien la genuflexión, de hacer bien las inclinaciones de cabeza, de ayudar a los más pequeños a entender que estas normas, que son urbanidad de la piedad y son necesarias para respetarte más, para quererte más”.

“Ayúdanos a acompañarte por este camino que ha sido el que has escogido para salvarnos Señor”

Y como dice san Josemaría: “¡Dios mío!, que odie el pecado y me una a Ti, abrazándome a la Santa Cruz, para cumplir a mi vez tu Voluntad amabilísima..., desnudo de todo afecto terreno, sin más miras que tu gloria..., generosamente, no reservándome nada, ofreciéndome Contigo en perfecto holocausto” (Josemaría Escrivá, Vía Crucis. Cap. 9).

Que la tercera caída de Jesús nos ayude este día, si estás escuchando en la mañana, que te ayude durante el día para acordarte de este Jesús que cae, que si a la tercera vez que cae, (no, no es la primera, es la tercera vez que cae) y se vuelve a alzar, fatigado, porque quiere llegar a la meta.

Jesús, nos perdona una y otra vez por no tenerle esta delicadeza de trato en el Santísimo. Otro propósito concreto puede ser este de tratarle mejor, tratar su Presencia Consagrada de una forma mucho más delicada.

Madre nuestra, te pedimos a ti que nos ayudes a hacer este propósito firme en nuestra vida.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=ig6d0uB0Yqk>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, IX estación:



http://www.escrivaobras.org/book/via_crucis-punto-9.htm



JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

X ESTACIÓN



P. JUAN – CHILE

Predicado el sábado de la Quinta Semana de Cuaresma

Estamos contemplando en este Vía Crucis el camino hacia la Cruz, la Cruz de nuestro Señor. Mirando hacia la Semana Santa, podemos ponernos en esa frecuencia de acompañar a Jesús, llevando la Cruz con cariño.

En Sevilla, al ver las imágenes del Vía Crucis, dicen que Jesús no solo lleva la Cruz, sino Jesús toma la Cruz, la acaricia en medio del dolor...así va el Señor.

“Al llegar el Señor al Calvario, le dan a beber un poco de vino mezclado con hiel, como un narcótico, que disminuya en algo el dolor de la crucifixión. Pero Jesús, habiéndolo gustado para agradecer ese piadoso servicio, no ha querido beberlo (cfr. Mt 27, 34). Se entrega a la muerte con la plena libertad del amor” (San Josemaría, Vía Crucis, X Estación).

En este rato de oración y con la ayuda del Espíritu Santo, vemos al Señor con cariño. Vemos cómo llega al Calvario, ya cerca del momento de su muerte. ¡Por fin, ya no caminar más! Un alivio momentáneo de no seguir arrastrando aquel peso. Al Señor, que está lleno de dolores, le facilitan un narcótico, como una anestesia. Pero *“Tú Jesús no quieres. Amas el dolor, es un sufrimiento amado porque es fuente de mérito para nosotros, porque es fuente de gracia para nosotros, porque es fuente de redención.”*

Hace unos días, vi un video que subieron a la página web del Opus Dei sobre un viaje del Prelado a Zaragoza. Muestran un encuentro con gente joven. Aparece un chico bastante joven (unos 20 años), con bastantes limitaciones físicas. Le explica al Padre: *“Padre, aquí en este club, en esta asociación juvenil llamada Jumara, es como mi segundo hogar, mi segunda casa. Aquí he aprendido a rezar, a estar con el Señor, a estar alegre”*.

El Prelado del Opus Dei le decía: *“Oye, esto humanamente va a sonar curioso, incluso absurdo, pero fíjate cuánto te quiere el Señor. Esa enfermedad o esas limitaciones físicas, son muestras de predilección de Dios si lo vives unido al Señor”*.

“Esto mismo vives Tú Señor ahí”. Amor a la Cruz, a los sufrimientos, porque son fuente de amor, de radiación, de humildad, porque son luz en la oscuridad...es luz.

“Luego, los soldados despojan a Cristo de sus vestidos. Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en Él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (Is 1, 6).”

Vemos al Señor, como al principio del Vía Crucis, luego de su flagelación, cuando lo presenta Pilato al pueblo y le dice *“ecce Homo”* (aquí está el hombre). *“Cuando te vemos Jesús, que has querido sufrir tanto, ser herido tan profundamente en tu Cuerpo, humillado, insultado, con el Cuerpo hecho como un “retablo de dolores” -decía San Josemaría- vemos cómo está el hombre lejos de Dios, herido, con muy poca belleza”*.

Dice el Concilio Vaticano II en el documento *“Gaudium et Spes”*, cómo Cristo revela el hombre al propio hombre. Cristo en su Pasión: destrozado, sin vestiduras, lleno de llagas, sangrante; así es el hombre sin Dios.

“Así soy yo Señor, así estaría yo sin Ti”. Pero también es Cristo que revela el hombre al propio hombre en el sentido de que somos hijos de Diosy, Cristo resucitado, luego revela el hombre al propio hombre, porque esa es nuestra vocación.

El Señor se deja hacer, el Señor se deja también despojar de todo, deja que lo muestren así, tan miserablemente presentado. Qué dolor para la Virgen, qué dolor para María Magdalena, para San Juan, para tantos que le tenían cariño al Señor, también para nosotros. El Señor, desprendido de todo.

“Los verdugos toman sus vestidos y los dividen en cuatro partes. Pero la túnica es sin costura, por lo que dicen: no la dividamos; mas echemos suertes para ver de quién será (loh XIX, 24)”.

Era buena la túnica del Señor. *“¡Tú Jesús te desprendes de todo! No solo de tu honra, no solo de tu vida,... de todo absolutamente. También de tus vestidos, de la túnica”*.

El Señor usaba una buena túnica, porque los bienes son eso, son bienes, son cosas que agradecemos al Señor; también las cosas que usamos. *“Señor, que te contemplemos ahí a momentos de ser clavado en la Cruz, despojado de todo. Que para mí, los bienes sean buenos, que me acerquen a Ti, que eres el verdadero Bien*.

“No solo el Bien, sino también la belleza y la verdad, el que es, así te has mostrado. Señor, que los bienes me acerquen a Ti, me lleven a Ti y si hay que despojarse, si hay que desprenderse, que yo me desprenda de todo, ¡ayúdame!

“Ayúdame a estar desprendido para estar apasionadamente agarrado a Ti, buscando con la pasión, con la vehemencia de San Agustín”. “De este modo se ha vuelto a cumplir la Escritura: partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica” (Ps XXI, 19).

Es el expolio, el despojo, la pobreza más absoluta. Nada ha quedado al Señor, sino un madero. Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz y para subir a la Cruz hay que tener el corazón libre, desasido de las cosas de la tierra” (San Josemaría,Vía Crucis, X Estación).

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=LurnJjogRBY>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, X estación:



http://www.escrivaobras.org/book/via_crucis-punto-10.htm



JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

XI ESTACIÓN



P. RICARDO – PERÚ

Predicado el domingo de la Pasión del Señor

Domingo de Ramos, es un día que se caracteriza por júbilo y alegría, donde recordamos la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén. El Señor entra montado en un burrito; que surge como trono de su realeza. No utiliza un corcel, utiliza un animal de carga, un animal sencillo e incluso un poco despreciado. Pero este mismo animal es el que Él ha querido usar para entrar a Jerusalén. Y de esa manera es recibido con entusiasmo, con cantos, con esos ramos y con mucha alegría.

Esta “*aparente casualidad*” como suele suceder en muchas ocasiones, no es una simple coincidencia, es una “*feliz coincidencia*”. Jesús entra a Jerusalén para morir en una cruz y la siguiente vez que Jesús salga de Jerusalén, será cuando Él salga cargando sobre sí mismo, esa Cruz; Jesús es crucificado fuera de las murallas, fuera de la ciudad, donde pocos días antes entró generando ilusión.

Jesús saldrá, llevando sobre los hombros esa Cruz vergonzosa; porque Él no debía portarla, después de haber sido flagelado, después de haber sido abofeteado, de haber sido llenado de salivazos, desecho por los hombres.

En esta décimo primera estación, san Josemaría nos cuenta y nos hace meditar, en su libro Vía Crucis: **“Ahora crucifican al Señor, y junto a Él a 38 dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Entretanto Jesús dice: —Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”** (Vía Crucis, San Josemaría) (Lc 23, 34).

Pocos días antes, la gente aclamaba a ese Jesús, a ese profeta que venía de Galilea, que hacía grandes milagros.

En los días anteriores leíamos como esa resurrección de Lázaro, los había dejado a todos totalmente sorprendidos y mucha gente empezó a creer en Él y los judíos, los pontífices, los sacerdotes y los fariseos deciden matarlo *“porque no conviene”*. Y Jesús no teme esto, sabe que es así y entra a Jerusalén para morir. No tiene miedo a la Cruz. *“Es el amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y en la Cruz, (continúa san Josemaría) todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, amor sereno y fuerte”* (Via Crucis, San Josemaría).

¡Qué contraste! entre una entrada triunfal y una salida totalmente contraria a lo que había pasado unos días antes. La gente ahora no lo quiere, ahora todos han dicho: *“¡Que muera! ¡Crucifícalo, crucifícalo!”*

Es el amor lo que, efectivamente, ha llevado a Jesús a esto; lo que lo ha llevado a morir por nosotros, a llevar esa Cruz. Porque esta es la clave para nuestra vida, para nuestra santidad... llevar la cruz de cada día, por amor, con amor, sabiendo que es Jesús quien lleva esa cruz con nosotros.

Esa cruz de tus pecados, de mis pecados. Esa cruz de los defectos que tenemos y que, a veces, pesan más; esa cruz a través de una enfermedad o del dolor ante una injusticia o ante alguna contrariedad en tu vida, en mi vida.

Y el Señor nos enseña esto, a llevar la cruz de cada día y también podemos ver esa cruz de cada día, no porque sea una cruz fea, en esa labor cotidiana, en este hacer todos los días lo mismo: levantarnos y prepararnos para ir a la universidad, al colegio, al trabajo, y que a veces puede ser monótono y que uno a veces puede hacerlo de mala gana o mal... Pues es allí donde el Señor nos dice: ***“Toma tu Cruz y sígueme”*** (Mt 16, 21-27). No porque el trabajo o el estudio sea una cruz o sea una cosa mala...no. Es allí donde encontramos a Dios y desde luego, si en tu vida está esa cruz de manera particular y concreta, el Señor también te dice, a ti y a mí, —*“Ven, lleva esa Cruz, yo te voy a ayudar”*.

En esta escena, el Señor no se queja de la Cruz. No está diciendo ¿Porqué me tocó esta cruz, porque a mí? ¿Por qué esto? ¡Ojalá no tuviera esta cruz! Sino que como dice este Vía Crucis que estamos meditando: “Todos sus gestos son de amor”.

Junto a los martillazos que clavan a Jesús, resuenan las palabras proféticas de la Escritura Santa: ***“—Han taladrado mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos y ellos me miran y contemplan”*** (Sal 22, 17).

Y luego tomando las palabras del profeta Miqueas dice: ***“Pueblo mío ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado? Respóndeme”*** (Miqueas 6, 3-8).

Y podemos añadir que el Señor nos dice: —Pueblo amado, yo que te he amado, que he dado mi vida por ti, por qué no te atreves, finalmente, a seguirme enteramente, a llevar esa cruz de cada día con amor, a poner amor en cada cosa, a tratar bien a tus papás, a tus hermanos, tus hermanas; a quererlos, a servirles, a tus amigos, tus amigas. Eso es lo que nos pide el Señor. El Señor no nos pide que nos clavemos en una cruz, nos pide esas cosas tan sencillas.

Por eso, este día de Ramos, nos muestra la alegría, porque Jesús es ese Salvador, es el Mesías, que también lleva ya esos lazos de la cruz.

El Evangelio de la misa de Domingo Ramos, veremos que se lee dos veces el Evangelio la entrada triunfal a Jerusalén y un Evangelio largo que nos cuenta la Pasión del Señor.

Porque Jesús entra en Jerusalén para morir y la vida del cristiano es una vida que también se da, esa vida de Jesús: entramos y vivimos la alegría y también encontramos la cruz.

Siguiendo un texto de san Gregorio Nacianceno, un santo de los primeros siglos, nos aconseja en que pensemos cuáles de esos personajes están acompañando al Señor en la Cruz, mientras lo están clavando o cuando ya ha muerto.... ¿Cuál quieres ser tú? y nos dice san Gregorio Nacianceno:

“Si eres José de Arimatea, reclama el cuerpo del Señor a quien lo crucificó, ya es tuya la expiación del mundo. Si eres Nicodemo, el que de noche adoraba a Dios, ven a enterrar el cuerpo y úngelo con ungüentos. Si eres una de las dos Marías, o Salomé, o Juana, llora desde el amanecer.

Procura ser el primero en ver la piedra quitada y verás también quizá a los ángeles o incluso al mismo Jesús. Si eres Simón Cirineo, coge tu cruz y sigue a Cristo....”

Y así sucesivamente, nos invita a pensar: ¿quién quiero ser yo? ¿Quiero ser solamente un espectador, allá de lejos, en la calle, que ve básicamente pasar a Jesús y que siente pena? O, ¿quiero ser alguna gente que está por allí, alrededor pero, no sé nada?

Cuando Jesús nos está invitando: —Ven tú, acompáñame... Y puedes elegir ser ese José de Arimatea que da la cara por su Señor, que le da lo suyo, su sepulcro para que muera allí. Darle tu vida. O como Nicodemo que está en esos detalles para el Señor, o esas mujeres que siguen al Señor...

Vamos a pedirle a nuestra Madre Santísima, que está también allí al pie de la Cruz, que nos ayude cada día a ser ese otro Cristo, el mismo Cristo, cargando esa cruz de cada día en esas cosas ordinarias.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=LkvhHImBEXo>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, XI estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-11.htm



JESÚS MUERE EN LA CRUZ

XII ESTACIÓN



P. NEPTALÍ – VENEZUELA

Predicado el Lunes Santo

Los Evangelistas narran con detalles los sucesos de la Pasión del Señor; fueron sucesos que quedaron, seguramente, muy grabados en la memoria de los discípulos del Maestro.

Se percibe así por la intensidad de la narración en cada uno de los Evangelios. Ojalá también queden bien grabados en nuestras cabezas, en nuestra inteligencia, en nuestros corazones.

San Josemaría Escrivá nos decía: *“¿Quieres acompañar muy de cerca a Jesús?... Abre el Santo Evangelio y lee la Pasión del Señor. Pero leer solo, no: vivir. La diferencia es grande. Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas”* (San Josemaría. *Via Crucis*, punto 9).

Procuraremos hacerlo así en este rato de oración.

Y en esas páginas del Evangelio, veremos a Cristo sufriente, sudando gotas de sangre en Getsemaní. A Cristo azotado, coronado de espinas; a Cristo caminando con la Cruz a cuestas hacia el Calvario; a Cristo crucificado y agonizante; a Cristo sin vida en los brazos de su Madre.

Y a esos sufrimientos físicos del Señor, se unen los sufrimientos morales: la humillación, el deshonor de padecer un tormento reservado a los esclavos,

las burlas e injurias de la muchedumbre, desamparo, ausencia de todo consuelo... Pero incluso, ese cúmulo de sufrimiento de Jesús siendo tan grande, no es comparable con la amargura que le supone, cargar con todos los pecados de la humanidad.

En el Calvario Él soportaba nuestros dolores, herido por nuestra rebeldía, pero seguramente lo que más le pesó, fueron los pecados de todos los hombres, antes de su venida, en su contemporaneidad y los que vendrán hasta el fin de los tiempos.

Se cuenta en la biografía de santa Brígida de Suecia que, cuando tenía diez años se le apareció Cristo en la Cruz diciéndole: *“¡Mira cómo estoy herido!” “¿Quién te ha hecho eso Señor?” “..los que me desprecian y se olvidan de mi amor... me han hecho esto” -le dijo el Señor-*”. Con su muerte ¡Cristo venció a la misma muerte!, nos dio nueva vida, nos trajo la salvación. Las puertas del Cielo que quedaron cerradas tras el pecado de nuestros primeros padres, han sido abiertas de nuevo... ¡por Cristo, al morir crucificado!

La muerte de Jesús es fruto de su amor, de un amor sin medida a la humanidad, a cada uno de los hombres y mujeres que han venido y vendrán a la tierra; a ti y a mí... Y amor con amor se paga, de manera que, contemplar la figura de Cristo muerto en la Cruz por nosotros, nos tiene que interpelar a cada uno directamente; y nos tiene que mover a tratar de devolverle amor, a ser generosos en la entrega. **“Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. -Hoy estarás conmigo en el Paraíso”** (Lc. 23, 42-43).

La respuesta del Señor al buen ladrón manifiesta en primer lugar, que ¡Él es Dios! porque dispone de la suerte eterna del hombre; pero, sobre todo, que es infinitamente misericordioso y que no rechaza el alma que se arrepiente con sinceridad.

Solo le basta un corazón contrito y humillado. Estas palabras del Señor, muestran siempre su Misericordia Divina y el valor de todo arrepentimiento, aunque sea al final de nuestra vida, siempre hay esperanza.

“Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19, 27), al pie de la Cruz. María participa por medio de la fe en ese misterio de la muerte del Señor. Participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora.

A diferencia de la fe de los discípulos... que huían. **“He ahí a tu Hijo...”** (Jn 19, 26), nos da el Señor a su Madre. Esa maternidad de María respecto a los hombres, ahora ella precisa, establecida claramente por toda la eternidad.

Con alegría, ningún día sin la Cruz; sin complejo de víctimas. El que sabe amar y entregarse a sí, siempre se colma de alegría, de paz.

Tener la Cruz, es tener la alegría, porque es tenerte a Ti Señor. **“De la Cruz cuelga el cuerpo del Señor -ya sin vida-. Y la gente, considerando lo que había pasado, se vuelve dándose golpes de pecho”** (Lc 23, 48).

Ahora estamos también tú y yo arrepentidos y prometemos al Señor que, con su ayuda, no vamos a crucificarle más. Decirlo con fe. Repetirlo una y otra vez -como nos recomendaba san Josemaría y decirle: *“te amaré, Dios mío, porque desde que naciste, desde que eras Niño, te abandonaste en mis brazos inerme, fiado de mi lealtad”*. (San Josemaría, Via Crucis XII estación)

El suplicio de la Cruz, lleva consigo lo natural de la deshidratación del cuerpo y aquí que Cristo dijera: **“tengo sed”** (Jn 19, 30).

También se puede ver aquí, en la sed del Señor, una manifestación de su deseo por cumplir la voluntad del Padre y de salvar a todas las almas. ¡Sed de almas! ¡Sed de ansia de redención! De manifestar su alma sacerdotal, de salvar a todos. Pedimos al Señor, que también tú y yo tengamos esos mismos sentimientos redentores. **“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”** (Mt 27, 46).

Estas palabras pronunciadas en arameo, son el comienzo del Salmo 21, que es la oración del justo que, perseguido y acorralado por todas partes, se ve en extrema soledad, como un gusano. Dice el Salmo a continuación: *“oprobio de los hombres, despreciado del pueblo”*.

También nosotros podemos sentir algún día la soledad del Señor en la Cruz. Una de las situaciones más dolorosas, quizás para todo hombre, es sentirse solo frente a la incompreensión, la persecución, la inseguridad, el miedo...

Saber que Dios permite estas pruebas, para que, experimentada nuestra propia pequeñez y de este mundo caduco, pongamos toda esperanza solo en Él, que es capaz de sacar bien de los males para quienes lo aman.

“Todo está consumado” (Jn 19, 30), se ha reanudado la amistad entre Dios y el hombre... “Todo está consumado”, porque Cristo ha cumplido ya su misión por la que vino al mundo. Se ha abierto para el pecador la puerta de la Salvación.

En ese momento de la muerte del Señor, ya no hay pecados imperdonables. Se dice que la caridad consiste: *“en perdonar lo imperdonable y amar lo imposible de amar”* y la Sangre Preciosa del Señor se ha convertido en una fuente, en la que se lave el pecador y el impuro, donde todos nos podemos purificar del pecado. **“Padre en tus manos encomiendo mi Espíritu”** (Lc 23, 46), ¡Momento cumbre de la existencia terrena! En el momento, aparentemente de abandono, el Señor hace un acto de suprema confianza: se arroja en los brazos de su Padre y, libremente, entrega su vida.

En el amor a la Cruz, encontramos la alegría, el sentido de la filiación divina y también a la Santísima Virgen. Por eso, hay que revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la Cruz, junto a María, para penetrar con ella esa inmensidad del amor de Dios al hombre. Y, junto a María, esperamos la Resurrección de Cristo, el triunfo definitivo del Señor.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=linBvpqex3I>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, XII estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-12.htm



JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE

XIII ESTACIÓN 



P. JUAN PABLO – MÉXICO

Predicado el Martes Santo

La decimotercera estación del Vía Crucis que vamos a meditar hoy, nos narra cómo Jesús, ya muerto en la Cruz, es desclavado y entregado a su Madre.

“Anegada en dolor, está María junto a la Cruz. Y Juan, con Ella. Pero se hace tarde y los judíos instan para que se quite al Señor de allí” (San Josemaría, Vía Crucis, XIII Estación).

Murió Jesús hace unos momentos y están ahí su Madre, Juan y otras santas mujeres contemplando, mirándolo, no se pueden ir. Miran su Cuerpo muerto que está clavado en la Cruz. Lo miran, no pueden dejar de mirarlo porque, detrás de ese Cuerpo muerto, hay un gran misterio que nunca terminaremos de meditar ni de celebrar.

Como nos animaba el Prelado del Opus Dei en su mensaje a principios del mes: *“En el Viernes Santo, ya próximo, contemplaremos ante Cristo crucificado la inmensidad de su Amor redentor. Amor que le llevó a la plena disponibilidad y obediencia a la voluntad de Dios Padre”* (M.Mensual del Prelado, Fernando Ocariz, 9 abril, 2019).

No es un misterio que se acabe simplemente en la violencia, en la muerte, sino que termina en la Resurrección. Y, a la vez, nos revela la inmensidad de su Amor. Por eso, hemos de mirar el crucifijo, besarlo y decirle: ¡Gracias Señor por quererme tanto. Ayúdame a entender todo lo que me quieres porque, cuando lo entienda, seré una persona más feliz!

Que vivamos más en su Verdad, porque lo más importante para el hombre es que Dios lo quiere, que lo ha creado por amor y que lo quiere infinitamente y quiere que corresponda a ese amor.

Miramos el Cuerpo de Jesús que ya fue atravesado por la lanza. De esa lanza brotó sangre y agua. Nos comenta San Juan: "Jesús murió, durmió y de su costado abierto nació la Iglesia, nació su esposa". Como comentan muchos padres, cuando Adán se durmió, Dios le sacó una costilla y creó a Eva. Pues así Jesús muere y de su costado brota la Iglesia, su esposa.

Miramos a Jesús junto a la Cruz, lo contemplamos.... *"Pero se hace tarde"* - comenta San Josemaría- "y los judíos instan para que se quite al Señor de ahí. Después de haber obtenido de Pilatos el permiso que la ley romana exige para sepultar a los condenados, llega al Calvario un senador llamado José, varón virtuoso y justo oriundo de Arimatea. Él no ha consentido en la condena, ni en lo que los otros han ejecutado. Al contrario, es de los que esperan en el reino de Dios. (Lc XXIII, 50,51). **Con él viene también Nicodemo, aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús y trae consigo una confección de mirra y aloe, cosa de cien libras** (Jn 19, 39).

"Ellos no eran conocidos públicamente como discípulos del Maestro; no se habían hallado en los grandes milagros, ni le acompañaron en su entrada triunfal en Jerusalén. Ahora, en el momento malo, cuando los demás han huido, no temen dar la cara por su Señor" (San Josemaría, Via Crucis, XIII Estación).

Es conmovedora la valentía de estos dos hombres, que después de haber contemplado la violencia, el odio, la injusticia que llevó a Jesús a la Cruz, van y dan la cara por Él. Los apóstoles, salvo Juan, huyeron llenos de miedo. Y es normal al ver tanta violencia, el miedo se hace presente.... *"me van a hacer algo parecido, me van a procesar injustamente y me van a crucificar"*, ¡qué miedo! Huyeron al ver tanta violencia irracional. En cambio, estos hombres dan la cara, son valientes, son personas que encontramos en el Evangelio: José, que había expresado su inconformidad con la sentencia que estaban dando los judíos y que ya desde ese momento lo insultan y le dicen: *"¡Ah, tú también! Mira las escrituras nunca ha salido nada de Nazaret"*.

Nicodemo, que había ido en una ocasión a encontrar a Jesús y estuvieron hablando del nuevo nacimiento que es necesario tener, que es el nacimiento a la gracia por el bautismo.

Esos dos hombres que pasan desapercibidos en el Evangelio, aparecen ahora y dan la cara, son valientes.

"¡Señor también ayúdame a mí a ser valiente cuando tenga que dar la cara por Ti! Cuando tenga que manifestar mi oposición ante alguna cosa que, a lo

mejor puede resultar incómoda y que me puede llevar, incluso, a recibir un poco de rechazo, un poco de odio”.

El otro día, me comentaba un joven que en una ocasión estaba con sus amigos y ellos empezaron a hablar mal, empezaron a burlarse un poco y que dió la cara y que les dijo: *“soy católico no se burlen de esto” y se empezaron a burlar de él y a decirle cosas y a insultarlo.... A veces nos toca dar la cara así y podemos decir junto con el Salmo: “el odio de los que te odian recae sobre mí” y recibiremos esa Cruz como flores y estaremos muy cerca de Él. Otras veces, quizá es mejor callar para no provocar que la gente siga diciendo tonterías. “Siempre ayúdanos Señor a actuar con prudencia, pero ser valientes, para dar la cara cuando sea oportuno hacerlo”.*

Continúa el texto de san Josemaría: *“Entre los dos toman el cuerpo de Jesús y lo dejan en brazos de Su Santísima Madre. Se renueva el dolor de María. ¿A dónde se fue tu amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se marchó el que tú quieres y le buscaremos contigo?”* (Cant V, 17). La Virgen Santísima es nuestra madre y no queremos ni podemos dejarla sola”. María, al recibir el Cuerpo de Jesús, lo abraza y lo besa y se mancha de sangre y lo vuelve a abrazar, lo vuelve a besar y se sigue manchando de sangre.

Cuando Jesús nació de modo virginal, la Virgen no experimentó dolor, ni hubo derramamiento de sangre; ahora, que nace la Iglesia, la Virgen sí sufre mucho y se llena de sangre. Nosotros somos sus hijos, le hemos costado mucho y nos quiere mucho.

Acudimos a ella: *Madre Nuestra, ayúdanos a estar junto a la Cruz, a saber recibirlo, a saber venerar su Presencia, saber venerar su Cuerpo. A saber sufrir junto contigo, a saber dar la cara como dieron la cara estos dos hombres que fueron y pidieron el Cuerpo de Jesús. Terminamos estos 10 minutos con Jesús repitiendo esta jaculatoria que hemos repetido todos los días y que nos viene muy bien repetirla una y otra vez:*

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=ISOUmbzDSHg>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, XIII estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-13.htm



JESÚS ES SEPULTADO

XIV ESTACIÓN 



P. SANTIAGO VILLA BOTERO – COLOMBIA

Predicado el Miércoles Santo

Muy cerca del Calvario, en un huerto, “José de Arimatea hace colocar el cuerpo del Señor, en un sepulcro nuevo de su propiedad, en el que todavía no se había enterrado a nadie” (Mt 27, 59-60).

Esto manifiesta un respeto profundo para este difunto. ***“Nicodemo llevó una mixtura de mirra y aloe... de unas cien libras” (Jn 19, 39).***

Y ¿quiénes eran José de Arimatea y Nicodemo? ¡Ahora seremos tú y yo! En esta meditación seremos José de Arimatea y Nicodemo. ***“Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas según se acostumbraba a enterrar entre los judíos” (Jn 19, 40),*** pero la cantidad de aromas es extraordinaria, supera mucho la medida habitual.

También está María, ¡Tu Madre Jesús! y madre nuestra desde hace unos minutos, en los que nos la diste como el mayor regalo ¡Gracias! La acompañan las santas mujeres, quizá tú, mujer, prefieres ser una de ellas. ¡Es una sepultura Regia! El tipo de sepultura lo muestra como Rey.

En el instante en que todo parece acabado... emerge sin embargo de modo misterioso ¡su Gloria! ***“Arrimando una gran piedra cierran la puerta del sepulcro y se van” (Mt 27, 60).*** Cae la noche... ahora ha pasado todo, y se nota un gran silencio... el silencio de Dios. Es el silencio de Dios Padre que ha entregado a su

Hijo al poder de la muerte. ¿Dónde está Dios? Hacemos nuestra oración (...)

Un párroco muy querido presentó a su feligresía a un señor, -explicando que era un amigo desde hacía muchos años atrás- y que quería platicarles la siguiente historia: Un padre, su hijo y un amigo navegaban en el Pacífico cuando una tormenta los sorprendió, haciendo imposible todos los intentos de regresar a la costa. Las olas eran tan altas, que aunque el padre era un navegante experimentado, no pudo dominar el velero.

Después de unas cuatro horas de intensa lucha por mantenerse a flote; una gigantesca ola barrió la cubierta con una fuerza brutal. Los dos jóvenes fueron echados al mar. El padre agarrando la soga de rescate, tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida: ¿a cuál de los dos muchachos le iba a tirar la soga de rescate? Tenía nada más unos segundos para tomar semejante decisión.

El padre sabía que su hijo era cristiano y que su amigo no lo era, la agonía de su decisión era mayor que el ímpetu de las olas; el padre le gritó a su hijo: ¡te amo hijo mío! Y le tiró la soga al amigo.

Cuando volvió por su hijo, éste ¡había desaparecido bajo las olas en la noche oscura! Por más que lo buscaron nunca apareció... ni siquiera se encontró su cuerpo. El padre sabía que su hijo iba a estar en la eternidad con Jesús, pero temía por el destino del otro joven, que no conocía a Jesucristo; es por eso que decidió entregar a su hijo, para salvar la vida del amigo de su hijo. ¡Y hasta aquí la historia!

Dios hizo lo mismo por nosotros, Nuestro Padre Celestial ¡sacrificó a su Hijo para nuestra salvación! *“¡Qué soga Señor nos ofreces! Ayúdanos a todos a aceptar la oferta de rescate y agarrarnos a tu Hijo, que nos salva”.*

A la salida, dos jóvenes se acercaron al Señor que había contado la historia y uno le dijo: —Fue una bonita historia, comprendo que ayuda a entender el amor de Dios al entregar a su Hijo por cada uno de nosotros, pero no creo que fuera muy realista. No creo que un padre entregase la vida de su hijo, con la esperanza que el otro se convirtiera al cristianismo.

Y este señor le dice: —De verdad que no fue muy realista, ¡cierto! Tengo algo más que decirles queridos amigos: *“¡Yo soy ese padre! ¡Y vuestro párroco es el amigo de mi hijo!”*

Esta es una historia adaptada por el Padre Jordi Rivero, que nos ayuda a entender en este rato de oración lo que ha hecho Dios por nosotros. ¡Qué gran silencio envuelve la Tierra! ¡El silencio de Dios, de Dios Padre! “Señor: es difícil que aquí en este mundo comprendamos lo que has hecho con tu Hijo, y lo que has hecho por nosotros que somos ¡nada! ¡nada!” Miramos al sepulcro, en el momento de tu sepultura Jesús... comienza a realizarse la palabra del Evangelio: ***“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere dará mucho fruto”*** (Jn 12, 24).

Jesús es el grano de trigo que muere; del grano de trigo enterrado, comienza la gran multiplicación del pan, que dura hasta el fin de los tiempos. Él es el pan de vida, capaz de saciar sobreabundantemente a toda la humanidad, y darle el sustento vital.

Sobre este sepulcro que contemplamos en la oración en estos 10 minutos, resplandece el Misterio de la Eucaristía que meditaremos el Jueves Santo. ¡El misterio de la Última Cena!

“Como el grano de trigo crece de la tierra, tampoco Tú, podías permanecer en el sepulcro, Señor y echas raíces, brotas en el silencio... desarrollas una nueva vida más abundante y portadora de esperanza en cada uno de nosotros que somos tus hijos: ¡Que nos has rescatado! Ayúdanos Jesús, al final de este itinerario de catorce estaciones, a encontrar en el perder la vida, en la muerte, en la vía del amor, la vía que verdaderamente nos da la vida, y vida en abundancia. Ayúdanos a desenmascarar las tentaciones que prometen vida, pero cuyos resultados al final sólo nos dejan vacío y frustración.

Que en vez de querer apoderarnos de la vida, Señor, la entreguemos como Tú Jesús destruiste al último adversario del hombre: la muerte misma”. Dice san Agustín: **“Pues nosotros, por nuestra naturaleza, no teníamos posibilidades de vivir; ni Él por la Suya, posibilidades de morir. Él hizo, pues, con nosotros, este admirable intercambio; tomó nuestra naturaleza, la condición mortal y nos dió la suya: la posibilidad de vivir”.**

Seguimos inertes mirando al sepulcro, la gran piedra. Ahí te quedas Jesús envuelto en una sábana y colocado en la tumba. Todos esperamos que se rompa el silencio de la muerte con el júbilo del ¡Aleluya! perenne...

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo”.

Enlace a audio de la meditación HCJ:



<https://www.youtube.com/watch?v=xugbw0DvEkQ>

Enlace a vía Crucis de San Josemaría, XIV estación:



http://www.escribaobras.org/book/via_crucis-punto-14.htm

Oración final

Señor Jesús,
Hoy he caminado contigo.
He mirado tu rostro cansado,
he visto el peso de la cruz sobre tus hombros,
he sentido el silencio del Calvario.
Y en cada estación,
me he encontrado conmigo.
Perdóname por las veces que he sido indiferente.
Por las veces que he juzgado como Pilato,
que he negado como Pedro,
que he huido cuando el amor pedía permanecer.
Enséñame a cargar mi cruz sin amargura.
A aceptar mis caídas sin desesperanza.
A reconocer que incluso en el dolor,
Tú sigues obrando salvación.
Que los viernes de Cuaresma
no sean solo una tradición,
sino un regreso a Tu Corazón.
Que cuando contemple tu cruz
no vea derrota,
sino el lenguaje más puro del amor.
Y cuando llegue mi propio viernes,
cuando el dolor toque mi puerta
o el miedo intenta vencerme,
recuérdame que después del Calvario
siempre llega la Resurrección.

Amén.



Agradecimientos

Nuevamente agradecemos a los sacerdotes que han predicado estas meditaciones desde, al menos, 9 rincones distintos de Latinoamérica y a todos en “Hablar con Jesús”, en especial al equipo de transcripción y edición digital que hicieron posible este libro: Claudia Alegría de Sarmiento, María Gabriela Asensio de Castillo, Lucía Figueroa de Núñez, María Mercedes Godoy de Cordón, Larisa González Ríos, Geraldine Lojo de Erichsen, María Mercedes Marroquín de Pemueller, María Marta Porras, Carmen Santizo de Mayén, Carolina Simán de Aparicio, María Mercedes Valdés de Contreras, Ana Claudia Valdés de Fernández y Mónica Vela de Yurrita.

No dejes de escucharnos

Únete a cualquiera de nuestros canales y disfruta de las meditaciones desde tu canal favorito



¿Te gustará apoyar esta iniciativa?

El proyecto de Hablar con Jesús es posible gracias a la colaboración y donación de muchos voluntarios de todas las partes del mundo.

